

# VARIACIONES SOBRE CAPERUCITA ROJA

**José Carlos Canalda**



## ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
CAPERUCITA ULTRAVIOLETA	3
CAPERUCITA VERDE	5
CAPERUCITA NEGRA	7
CAPERUCITA ROSA	9
CAPERUCITA GRIS	10
CAPERUCITA INCOLORA	12
CAPERUCITA MORADA	14
CAPERUCITA DURMIENTE	16
CAPERUCITA NARANJA	19
CAPERUCITA PARDA	21
CAPERUCITA Y CÍA	23
CAPERUCITO/A ROJO/A	28
CAPERUCITA ESCARLATA	31
CAPERUCITA PARITARIA	32
CAPERUCITA ECOLÓGICA	34
CAPERUCITA CINEGÉTICA	36
CAPERUCITA ZOMBI	37
CAPERUCITA LICÁNTROPA	38
LOBITO ROJO Y LA CAPERUZA FERROZ	39
CAPERUCITA DOMINATRIX	40
CAPERUCITA FOFA	41
CERDITO ROJO	43
CAPERUCITA PIJA	45
CAPERUCITA ROJA... DE VERDAD	47
CAPERUCITA CENICIENTA	48
CAPERUCITA INDÓMITA	50
CAPERUCITA SIGLO XXI	52
CAPERUCITA PUBLICITARIA	54
CAPERUCITA NUDISTA	56
CAPERUCITA INTERRACIAL	59
CAPERUCITA ENAMORADA	61
CAPERUCITA ROJA Y EL CORDERO FELIZ	64
CAPERUCITA BLANCA	66
CAPERUCITA TRANS	69

## PRESENTACIÓN

Tal como su nombre indica estos cuentos son versiones apócrifas, cuando no descaradamente parodias, del clásico cuento de *Caperucita Roja*. En realidad su origen, al igual que el de otras versiones de diferentes cuentos infantiles, fue dentro de la sección de los Apócrifos irreverentes, pero el incremento de su número, puramente casual y no premeditado, acabó recomendando segregarlos no sólo de los citados *Apócrifos irreverentes*, sino incluso de los Apócrifos infantiles. No obstante su unidad argumental y estilística se sigue manteniendo, por lo cual esta segregación persigue únicamente facilitar una mayor comodidad de lectura.

Los correspondientes a éste son los *Apócrifos literarios*. Dentro de él he organizado los relatos en orden cronológico conforme fueron escritos, salvo cuando existen varios que comparten un mismo título, ordenados de forma sucesiva por la numeración.

Dada su extensión, para una mayor comodidad de lectura los he dividido en varios volúmenes. Los correspondientes a éste son las *Variaciones sobre Caperucita Roja*, que junto con el que agrupa a los *Apócrifos infantiles* y a las *Princesas de cuento*, están inspirados en conocidos cuentos para la infancia a los que he añadido mi *toque* especial. Están organizados por orden cronológico conforme fueron escritos, salvo cuando existen varios que comparten un mismo título.

Y eso es todo. Espero que se diviertan.

*José Carlos Canalda*

## CAPERUCITA ULTRAVIOLETA

Caminaba Caperucita por el bosque, camino de la casa de su abuelita, cuando de repente le salió al paso un...

-¿Quién demonios será éste? -se preguntó la niña, desconcertada ante la extraña fisonomía del intruso- Desde luego, no parece un lobo... que yo sepa, los lobos no son de color verde, no tienen tentáculos ni antenas, ni tampoco ese cuerpo en forma de saco de patatas...

Por más que estrujaba sus escasos conocimientos zoológicos -en el colegio no le enseñaban demasiado de esta disciplina-, Caperucita no lograba desentrañar el misterio.

-Hola, Caperucita. -saludó el ser con voz cavernosa- ¿A dónde vas por este tenebroso bosque?

Y percatándose de la perplejidad de la muchacha, explicó con amabilidad:

-No, no soy el Lobo; el pobre está de baja por culpa de una molesta ciática. Yo soy su sustituto, me han enviado de la Oficina de Empleo para ocupar su puesto hasta que se recupere. Pero no te preocupes, conozco perfectamente mi trabajo y estoy convencido de que podré suplirle sin problemas.

-Pero... -Caperucita se preguntaba por qué razón no podían haber enviado a alguien más parecido físicamente al viejo cánido; a veces esos burócratas hacían cosas muy raras- ¿Quién es usted?

-Me llamo... ¡Bah!, dejémoslo, no hay manera de pronunciar mi nombre de forma inteligible en tu idioma. Me puedes llamar Bem, si quieres.

-Y, ¿de dónde es usted, señor Bem?

-¡Oh, de muy lejos! ¿Qué tal andas de astronomía? ¿Os han hablado de las galaxias y los cúmulos estelares en el colegio? -y viendo la cara de extrañeza de la niña se corrigió- Bueno, tampoco importa tanto. Digamos que de allá arriba. -concluyó, señalando con uno de los tentáculos superiores el firmamento.

-Encantada de conocerle, señor Bem, pero si me disculpa... tengo que llegar a casa de mi abuelita antes de las doce, si ficho más tarde me pueden descontar el plus de puntualidad y la hipoteca es la hipoteca...

-Vaya, niña, eso tiene fácil solución; -el alienígena se desvivía por ser amable- si quieres, te puedo llevar en mi aeromóvil; lo tengo aparcado detrás de esa loma.

-Y sacando de no se sabe donde, ya que iba completamente desnudo, un pequeño mando a distancia, lo esgrimió con un tentáculo presionando uno de los botones. Segundos después un pequeño aparato volador de forma lenticular se posaba silenciosamente a su lado.

-Yo... -musitó Caperucita, un tanto intimidada por el extraño- no sé si debo...

-Vamos, nena, no te voy a hacer nada. Estoy sindicado, ¿sabes? y mi expediente laboral es inmejorable; sólo que ahora estoy atravesando una mala racha. Pero te aseguro que antes de ponerte un tentáculo encima me lo amputaría yo mismo.

-“Y te seguirían quedando otros siete”. -pensó la niña.

Pero valiente al fin y al cabo, y viendo que se le hacía tarde y que la hipoteca no esperaba, aceptó tras un corto titubeo. Al fin y al cabo estaba acostumbrada a bregar con el Lobo, y no le parecía que este estrafalario ser pudiera llegar a ser más peligroso.

Así pues, ambos se acomodaron en el interior del pequeño vehículo el cual, tras cerrar su cubierta transparente, se lanzó como un rayo hacia el azul firmamento perdiéndose instantes después en la lejanía.

El cuento no relata lo que ocurrió a partir de ese momento, pero lo que sí consta en los archivos es que la niña jamás llegó a fichar en la casa de su abuelita y nunca más se volvió a saber nada de ella. Transcurrido el plazo estipulado fue despedida por abandono injustificado de su puesto de trabajo, siendo embargado asimismo su apartamento por impago de la hipoteca.

De ser ciertas, no obstante, algunas leyendas que corren por los mundos remotos del Cinturón de Orión, Caperucita y el Bem habrían sido felices y comido perdices, e incluso con la ayuda de la ingeniería genética -¿cómo, si no?- habrían sido padres de una prolífica estirpe de esporas que con el tiempo acabaron convirtiéndose en tiernos niños, niñas -y así hasta un total de los ocho sexos distintos en que se divide la raza del Bem- con tiernos tentáculos tornasolados -el color verde no surge hasta la pubertad- heredados del padre y las bellas trenzas y la capa de terciopelo con caperuza recuerdo de su ascendencia terrestre. He de advertir, no obstante, que debido a la lejanía del lugar ningún investigador ha podido corroborar fehacientemente la verosimilitud de esta historia.

## CAPERUCITA VERDE

Ante todo, permítanme que me presente. Soy un macho adulto de *Canis lupus*, es decir, un hermoso lobo; pero no un lobo cualquiera, sino el afamado Lobo Feroz de los cuentos infantiles; y bien que me he esforzado, a lo largo de mi existencia, por mantener en alto el pabellón de mi bien merecida reputación.

Sin embargo, paradojas del destino, ahora me encuentro cumpliendo una larga condena en un penal de alta seguridad como convicto de un delito de pederastia; sí, ustedes han leído bien, pederastia, y todo por culpa de esa zorrilla intrigante de Caperucita a la que mal rayo parta.

Doy por supuesto que habrán leído en más de una ocasión el cuento del que ambos somos protagonistas, pero es mucho menos probable que conozcan su verdadero final, censurado y modificado por culpa de la mojigatería imperante en estos malhadados días en los que impera la estúpida dictadura de lo *políticamente correcto*. Porque en realidad yo no fui asesinado por el cazador, tal como a ustedes les contaron, al ser sorprendido por éste en la cama de la abuelita cuando intentaba capturar a Caperucita; oh, no, él se cuidó muy mucho de hacerlo, ya que sabía que los lobos somos una especie protegida y que, de matarme, se habría visto encausado por ello bajo la amenaza de una fuerte condena. No, él fue mucho más listo, se limitó a reducirme gracias a la amenaza de su escopeta -por muy protegido que pueda estar tengo tanta estima a mi pellejo como cualquiera, y el miedo es libre- hasta que la policía se hizo cargo del asunto deteniéndome y poniéndome a disposición judicial.

Y ahí empezó mi calvario. Caperucita, esa rijosa y repugnante criatura camuflada tras ese aspecto angelical con el que la muy hipócrita sabe encandilar a todos cuanto se cruzan en su camino, logró convencer al tribunal que me juzgó de que yo pretendía violarla, contando para ello con el inestimable apoyo del perjurio del cazador que, probablemente conquistado por sus encantos -es a él a quien deberían haber condenado por pederastia, y no a mí-, testificó en falso en contra mía. De nada sirvieron mis encendidas protestas alegando algo tan evidente como que los lobos no sentimos la menor atracción sexual por unos seres tan repulsivos como son los humanos -y todavía más sus crías-, y que lo único que pretendía era devorarla como Dios manda; en vez de condenarme por ello, lo cual hubiera dejado a salvo mi prestigio de depredador, los muy estúpidos lo hicieron por algo que jamás habría pasado por mi imaginación y que me provoca náuseas tan sólo con pensarlo, algo que humilla profundamente mi dignidad a la par que daña de forma irreversible mi bien labrada reputación.

Ojalá hubiera hecho caso a mi primo, olvidándome de esta lolita con capuchón para dedicarme, como hizo él, a perseguir a los Tres Cerditos; mejor me habrían ido las cosas ya que, por más que me pudieran denunciar la Sociedad Protectora de Animales o la

Federación Nacional de Ganaderos Porcinos, el caso no habría sido el mismo y yo no me encontraría preso por un delito que nunca pensé siquiera en cometer.

## CAPERUCITA NEGRA

Pese a su larga experiencia policial, que le había llevado a presenciar multitud de crímenes de lo más desagradable, el comisario Gutiérrez no pudo evitar que un estremecimiento le recorriera el cuerpo al contemplar el atroz escenario del crimen. El cadáver no sólo había sido despedazado con saña, sino que sus restos triturados salpicaban toda la habitación en una espeluznante orgía de sangre y sadismo. La cabeza, única parte del desmembrado cuerpo que se conservaba más o menos intacta, mostraba tal expresión de horror que no era necesario ser ningún experto para dar por sentado que, previo al asesinato, el asesino se había ensañado torturando cruelmente a su víctima.

Reprimiendo las náuseas, el comisario interrogó al inspector Rebolledo, no mucho más entero que él.

-¿Qué habéis averiguado?

-Estamos a la espera de las pruebas de ADN para confirmar la identidad del cadáver, pero según su DNI se trata del Lobo Feroz... o de lo que queda de él. ¡Vaya escabechina! Jamás había visto nada igual.

-Yo tampoco, -respondió su superior- pero según los informes que he consultado antes de venir aquí, éste es el cuarto asesinato de características similares en poco más de medio año... todos en un radio de unos quinientos kilómetros, y todas las víctimas lobos, jamás humanos o ninguna otra especie. Estamos ante un asesino en serie, de eso no cabe la menor duda.

-¿Quién puede ser tan sádico?

-Ojalá lo supiéramos. -respondió Gutiérrez encogiéndose de hombros- Por cierto, ¿habéis interrogado a la vieja?

-Sí, o mejor dicho lo hemos intentado, ya que la pobre era presa de un ataque de histeria; hemos tenido que sedarla y enviarla al hospital. Lo único que sabemos es que la víctima asaltó su casa, la encerró en un armario atada y amordazada y, al parecer, se hizo pasar por ella recibiendo poco después, según todos los indicios, al asesino. La pobre anciana no vio nada al estar cerrada la puerta del armario, pero debió de oírlo todo... no me extraña que acabara así, máxime cuando todo parece indicar que el asesino la buscaba a ella y que sólo gracias a esta extraña suplantación logró salvar la vida.

-Esto también encaja con los crímenes anteriores. -respondió el comisario haciendo algunas anotaciones en su agenda electrónica- En todos los casos las víctimas obraron de forma similar, siendo asesinados cuando habían suplantado a las propietarias de las viviendas... pero no acabo de comprenderlo, no tiene ninguna lógica.

-¿Quién es capaz de entender a estos psicópatas? -sentenció Rebolledo.

-No me refiero al asesino, sino a los lobos... -puntualizó el comisario- no es su conducta habitual, ni mucho menos.

-¿Bien, y ahora qué hacemos?

-De momento salir de aquí, porque si no voy a acabar vomitando. Cuando los chicos terminen de tomar muestras que salgan también, no tiene sentido permanecer en ese matadero, pero que aguarden en la puerta hasta que lleguen los de la Policía Científica. También están avisados ya los servicios funerarios, alguien tendrá que recoger todo esto... -concluyó, expresando su repugnancia con una significativa mueca-. Me han pedido que envíe un informe a la central, los chicos de la Brigada de Investigación Criminal han decidido hacerse cargo del caso, y yo me alegro de no tener que cargar con el muerto. En la vida he visto nada tan desagradable.

-¿Quién piensas que habrá podido ser? -le preguntó Rebolledo mientras franqueaban el umbral de la modesta vivienda.

-¿Quién sabe? -respondió el comisario- La gente de esta región es muy rara, y sus pautas de conducta son muy diferentes de las nuestras. Sólo tienes que ver como viven; -sentenció, abarcando con un amplio movimiento de la mano los vastos e impenetrables bosques que se extendían en todas direcciones hasta el lejano horizonte- estoy deseando agotar el período de destino forzoso para pedir traslado a la ciudad, a cualquier ciudad siempre que sea lejos de aquí.

-Tienes razón, a mí me pasa lo mismo. -corroboró su subordinado- Aquí me encuentro extraño, me parece como si esta tierra y esta gente estuvieran embrujados.

-Embrujados quizá no, pero medio locos sí.

Y ambos policías, tras limpiarse cuidadosamente las suelas de sus zapatos, montaron en el coche patrulla camino de la lejana comisaría.

## CAPERUCITA ROSA

-Abuelita, abuelita, ¡qué dientes más grandes tienes! -se extrañó la niña.

-¡Son para comerte mejor! -exclamó el Lobo Feroz abalanzándose sobre ella.

-¡Un lobo! -gritó aterrada Caperucita.

-¡Un chico! -gritó a su vez el Lobo al descubrir con sorpresa el verdadero sexo de su víctima cuando ésta, en su brusco retroceso para huir de su embestida, perdió la capucha que hasta entonces había cubierto su cabeza.

Meses después, y acogiéndose a una ley recientemente aprobada, ambos contraían matrimonio.

## CAPERUCITA GRIS

-Abuelita, abuelita, ¡qué dientes más grandes tienes! -exclamó Caperucita.

-¡Son para comerte mejor! -aulló el Lobo Feroz abalanzándose sobre ella con sus poderosas fauces abiertas.

-¡Socorro! ¡Un lobo! ¡Me come! -gritó despavorida.

En ese momento la puerta de la habitación se abrió con estrépito, penetrando en su interior un cazador armado con una escopeta.

-¡Muere, bestia inmundada! -exclamó al tiempo que le descerrajaba dos tiros.

El lobo se desplomó fulminado, mientras el cazador se dirigía con palabras afectuosas a la aterrorizada Caperucita.

-Tranquila, niña, ya pasó todo. Ven conmigo, que te acompañaré a casa.

Y ambos se marcharon de allí cogidos de la mano. Pasado un tiempo prudencial el lobo abrió un ojo con cautela y, tras comprobar que estaba solo, se incorporó del lecho rezongando maldiciones contra el cretino del cazador; por más que se lo advirtiera una y otra vez seguía disparándole a bocajarro, y aunque los cartuchos eran de fogeo, siempre acababa chamuscándole el pelaje.

De paso aprovechó para renegar también de Caperucita -una Caperucita senil que ya peinaba canas cuando él se criaba con el resto de su camada- y de aquellos cretinos de sus sobrinos, que habían estimado conveniente combatir su demencia con esa mascarada para tenerla contenta y que así no los desheredara. ¿Qué culpa tenía él de que esa vieja grillada creyera ser de nuevo la niña que en su día provocó la muerte de su retatarabuelo? Si estaba zumbada, lo mejor que podían hacer era encerrarla y dejarse de zarandajas. Pero no, había que montar el numerito, y lo peor de todo era que había que repetirlo indefectiblemente todas las semanas, o incluso antes si a la dichosa Caperucita, a sus noventa años, se le antojaba ir a visitar de nuevo a su abuelita, la cual por cierto llevaba más de cincuenta años criando malvas...

Pero la muy puñetera estaba podrida de dinero, él no tenía un duro y la vida en el monte se había vuelto cada vez más difícil, con los ecologistas protegiéndole de los cazadores y los ganaderos pero sin ofrecerle ninguna alternativa que le permitiera comer caliente todos los días. Así pues, no había tenido más remedio que aceptar ese *trabajo* para poder sobrevivir... aunque por pura lógica, no podría durar demasiado tiempo, con lo cual acabaría dando otra vez con sus huesos en el paro.

Perra vida, se dijo mientras por una puerta disimulada -la casa de la abuelita era un simple decorado, ya que la original hacía mucho que había sucumbido víctima de la especulación y su solar pertenecía ahora a un flamante campo de golf- se dirigía a su camerino para ducharse -el maldito olor a la pólvora le impregnaba todo su cuerpo- y vestirse -se encontraba incómodo desnudo- antes de refugiarse en su domicilio, un pequeño apartamento en el piso vigésimo de una torre de viviendas de protección oficial diseñada, eso sí, por un prestigioso -y extravagante- arquitecto.

Mañana sería otro día.

## CAPERUCITA INCOLORA

-Abuelita, abuelita, ¡qué dientes más grandes tienes! -exclamó Caperucita.

-¡Son para comerte mejor! -aulló el Lobo Feroz abalanzándose sobre ella con sus poderosas fauces abiertas.

Pero Caperucita, lejos de amilanarse ante el ataque de la fiera, esquivó ágilmente su acometida al tiempo que su frágil cuerpo infantil experimentaba una repentina metamorfosis, hinchándose hasta aumentar varias veces de volumen al tiempo que se transformaba en una esfera traslúcida incongruentemente rematada por la cabeza de la niña, única parte de su cuerpo que resultó inmune a la drástica transformación.

El lobo, perplejo, detuvo su ataque al tiempo que preguntaba:

-¿Quién coño eres tú?

-Un *Omniphagus vorax*, para servirte. -respondió el engendro con voz infantil.

El lobo sintió que su sangre se helaba. Los *Omniphagus*, también conocidos por el significativo nombre vulgar de *Trágalotodos*, eran los seres más temidos de la galaxia. Oriundos de las profundas regiones estelares vecinas a la Nebulosa de Orión, poseían la capacidad de imitar a cualquier ser vivo, de la cual hacían uso para capturar a sus presas... porque, tal como se deducía de sus apelativos, eran unos depredadores terriblemente voraces.

-¿Qué... qué haces aquí? -balbuceó el frustrado cazador, sabiéndose perdido.

-¡Oh, tan sólo estoy de paso! Se me averió la astronave y no tuve más remedio que realizar un aterrizaje de emergencia en estos andurriales. Llamé inmediatamente al servicio de Asistencia en Ruta, por supuesto, pero me dijeron que tardarían algún tiempo en llegar; entremedias me entró hambre, salí a dar una vuelta a ver qué encontraba por aquí y...

-Y te encontraste con Caperucita. -completó la frase el lobo con un hilo de voz.

-¿Te refieres a esa impertinente larva de humano? ¡Oh, sí!, me preguntó por el camino a seguir para llegar a casa de su abuelita. Me sirvió de aperitivo, pero como me supo a poco decidí convertir a su abuelita en el plato fuerte de la pitanza. Pero no me suena que tú seas ella... -al parecer, según decían, los *Omniphagus* eran capaces de asimilar parcialmente los recuerdos de las presas que devoraban- Da igual. -concluyó- No tienes mala pinta, y desde luego me saciarás más que ese saco de huesos.

Y uniendo la acción a la palabra, con una velocidad vertiginosa el cuerpo traslúcido del visitante se hinchó todavía más plegándose hacia delante hasta fagocitar completamente

al infeliz lobo. Apenas unos minutos después de éste quedaba tan sólo un puñado de huesos descarnados desparramado sobre el desierto lecho, mientras el alienígena, saciado ya su apetito, se retiraba satisfecho a su vehículo a la espera de que llegara la ayuda que le permitiera salir de allí.

Lo único que le fastidiaba era esa irritante compulsión por aullar al satélite del planeta que le había entrado de repente, aunque confiaba en que con el tiempo se le acabaría pasando.

## CAPERUCITA MORADA

El monótono tic tac del reloj de cuco desgranaba insensiblemente las horas mientras el Lobo Feroz, cada vez más nervioso, daba vueltas sin parar en el lecho. El tiempo pasaba y Caperucita no aparecía, pese a que según sus cálculos debería haber llegado ya hacía mucho a casa de su abuelita.

El ridículo disfraz le incomodaba bastante, pero lo que más le atormentaba en esos momentos era el hambre. Había intentado devorar a la vieja, pero se encontró con que ésta era tan sólo un rancio y nada apetecible puñado de piel y huesos, y al fin y al cabo él no dejaba de ser un *gourmet*. Si Caperucita seguía sin venir, no sabía como podría soportar los retortijones, amén de que la sola sospecha de que su cuidado plan pudiera venirse abajo por culpa de cualquier imprevisto bastaba para erizarle la tupida pelambarrera. ¡Con lo difícil que resultaba ganarse la vida en estos días!

De repente oyó el ruido de la puerta de la casa al abrirse, la cual previsoramente había dejado sin echar la llave. Golpeándole frenéticamente el corazón, se preparó para capturar a su desprevenida presa. No podía fallar, se jugaba mucho en ello; y se estremeció pensando que el visitante pudiera ser otra persona, quizá un taimado cazador... pero no, la vida no podía ser tan cruel, se merecía ganar siquiera fuera una vez.

Instantes después comprobaba aliviado que se trataba de Caperucita, la misma inocente niña que horas atrás abordara en el bosque. Pero su aspecto había cambiado: en lugar de su vestidito floreado y la capa con capucha a la que debía su apodo, la muchacha vestía ahora un austero hábito -o eso le pareció- de color morado, mientras la cestita en la que portaba la merienda había sido cambiada por un rosario y un libro que, presumió, debía de tratarse de algún tipo de misal u otro texto religioso.

Perplejo, el lobo no se percató de que el tono de voz en el que se le dirigió, tomándole por su abuela, era asimismo muy distinto al que él esperaba:

-El Señor sea contigo, abuelita. ¿Estás preparada para rezar el rosario?

Y sin más dilación se arrodilló junto a la cama y empezó a entonar las plegarias.

-¡Venga abuelita, no te quedes callada! -le apremió ésta- ¡Reza conmigo! Bastante sacrificio he tenido que hacer para venir aquí a acompañarte, si tanto te preocupaba no poder acercarte a la iglesia, no entiendo por qué ahora estás tan parada!

-“*Esto no estaba en el guión*”. -se dijo la fiera, completamente desconcertada y sin saber como reaccionar. Sí, podía saltarse todos los prolegómenos y pasar directamente a la acción, la niña sería una presa fácil, pero...

Tres horas después, seguía rezando avemarías.

## CAPERUCITA DURMIENTE

-¡Adelante! La puerta está abierta -exclamó el Lobo Feroz con voz de falsete, mientras revisaba con inquietud su improvisado disfraz.

La figura que penetró en la habitación no era la que esperaba; en vez de una niña ataviada con una capa de color rojo, se encontró con un atildado mocetón vestido con un lujoso traje de color azul turquesa.

-¡Tú no eres Caperucita! -exclamó con asombro.

-Eso resulta evidente -sonrió el recién llegado-. Permíteme que me presente: soy el Príncipe Azul, para servirte. ¿Y tú? Porque tampoco te pareces demasiado a la Bella Durmiente...

-No, yo soy... ¿pero qué demonios está pasando aquí? -se interrumpió irritado- ¿Dónde está la cría? Tenía que venir a casa de su abuelita.

-Mi querido y peludo amigo, por cierto permíteme que te diga que tu disfraz es patético, o mucho me equivoco, o te has debido de equivocar de cuento.

-¿Equivocado? ¿Qué quieres decir con eso? -rugió el Lobo incorporándose del lecho- Estamos en Caperucita Roja...

-En absoluto -la flema del Príncipe no podía ser más lograda-. Comprueba la ficha que hay adherida en la trasera del cabecero de la cama; estamos en el sector 3A47BX, y la... Caperucita esa me suena que pertenece a la sección 3B. Has metido la zarpa, querido...

-Entonces... -aulló la fiera con ademán lastimero- ¿quién demonios era la vieja que devoré al llegar aquí?

-Desde luego, la abuela de la rapaza no. Según todos los indicios, en estos momentos debes de estar haciendo la digestión de la Bella Durmiente que yo venía a despertar. Que te aproveche.

-¡Vaya, pues sí que la he hecho buena! -el acongojamiento del Lobo parecía sincero- Pero era una anciana decrepita y fea, apenas algo más que un costal de huesos y pellejo, nada que ver con la joven lozana que pinta la leyenda...

-Es normal -explicó el Príncipe al tiempo que se sentaba en el borde de la cama sin que la afilada dentadura de su compañero le incomodara lo más mínimo-. Después de tantos años dormida, ¿qué esperabas?

-Pero te he dejado sin novia...

-¿Es eso lo que te preocupa? -exclamó el Príncipe estallando en carcajadas- Tranquilízate, puedo asegurarte que me has hecho un gran favor.

-¿Cómo dices? -le preguntó el Lobo mirándole de hito en hito; cada vez entendía menos lo que estaba ocurriendo.

-¿Por qué crees que he tardado tantísimo tiempo en venir a despertarla? -le explicó con gesto cómplice- Maldito lo que me apetecía casarme con esa petarda, máxime cuando aun de joven era más fea que picio aparte de tonta del bote; pero hijo, nobleza obliga, y además estaba en las cláusulas del contrato. Por eso he estado dando largas durante todos estos años, pero ya no podía retrasarlo más... por suerte me has quitado ese peso de encima, razón por la cual te estaré eternamente agradecido. Libre de mi compromiso, podré seguir dedicándome a mis juergas, que al fin y al cabo es lo que verdaderamente me gusta.

-¿Y yo? -gimió el infeliz Lobo- ¿Qué voy a hacer ahora?

-Hum... eso es cosa tuya, amigo -se desentendió el Príncipe encogiéndose de hombros-. No creo que te exijan responsabilidades penales, al fin y al cabo tú sólo eres una fiera salvaje, pero es bastante probable que no te vuelvan a contratar en ningún otro cuento vistos los resultados.

-¿Entonces estoy acabado! ¿Qué voy a hacer a mis años? Ya no soy ningún lobezno, y si me devuelven al bosque moriré de inanición o, todavía peor, me cazarán como a una alimaña...

-En eso tienes razón, me temo. Pero me caes simpático y además estoy en deuda contigo, por lo que me sabe mal dejarte en la estacada. Así pues, te propongo un trato: ¿por qué no te vienes conmigo? Podrías ser mi mascota.

-¿Lo dices en serio?

-Por supuesto -respondió el de azul en tono solemne-. Eso sí, te advierto que mi ritmo de vida es bastante frenético; ya sabes, una fiesta aquí, una juerga allá, una orgía acullá... aunque me esté mal decirlo, lo cierto es que soy uno de los miembros más solicitados y más afamados de toda la *jet*. ¿Lees las revistas del corazón? En el último número de *¿Qué tal?* me hacen una entrevista en la que...

-Me da igual -le interrumpió el ansioso cánido-. Acepto tu ofrecimiento; lo único que quiero es salir de aquí en cuanto pueda.

-Estupendo. Quítate esos ropajes, haz la maleta si es que la tienes, y vente conmigo antes de que descubran el desaguisado. Tengo aparcado el ferrari allí afuera; ya estaba

harto de los caballos. Eso sí, te advierto que no podrás entrar conmigo en las fiestas, ya que no suelen admitir a las mascotas. Pero te lo pasarás bien, y no tendrás que aceptar trabajos ridículos.

Y se fueron.

## CAPERUCITA NARANJA

-¡Abuelita, abuelita, ya he llegado! -exclamó alegremente la niña al llegar a la casita del bosque.

Pero en contra de lo que esperaba ésta, la anciana no respondió con el consabido:

-“¡Adelante, Caperucita, la puerta está franca!”

De hecho, no hubo ninguna respuesta.

Alarmada, Caperucita asió el picaporte de la puerta; la llave no estaba echada. Así pues, armándose de valor la abrió franqueando el umbral.

Para sorpresa suya, su abuela no estaba allí. En su lugar, sentado sobre la cama en la posición del loto, se encontraba un extraño individuo de luengo hocico y enhiestas orejas ataviado con una túnica de color azafrán. Su insólita indumentaria, unida a un incongruente cráneo afeitado que contrastaba vivamente con la hirsuta pelambreira del resto de su cuerpo, hizo que la muchacha tardara algún tiempo en identificar al intruso.

Era el Lobo, el Lobo Feroz, de eso no había duda... pero, ¿qué extraña transformación había experimentado esta fiera, la cual no se limitaba al parecer a su estrambótica apariencia dado que, lejos de abordar su tradicional papel, se limitó a ignorar a la recién llegada sin interrumpir la extraña y monocorde salmodia que estaba entonando con aire ausente.

Harta de esperar, y frustrada por no poder recitar eso de “*Abuelita, abuelita, qué orejas tan grandes tienes*”, que al fin y al cabo era por lo que la pagaban, Caperucita optó por interrumpir el trance del absorto lobo. No le resultó fácil, pero finalmente, y tras reiterados esfuerzos, consiguió devolverle más o menos a la realidad.

-Pero tío, ¿qué demonios te pasa? ¿Estás alelao, o qué?

-¿Por qué me has interrumpido el mantra? -se lamentó el depredador- Estaba a punto de entrar en trance.

-¡Qué trance ni qué niño muerto! -la rapaza empezaba a tener un cabreo monumental- ¡Se supone que tenemos un trabajo que hacer, querido!

-¡Uhhh, sí, el trabajo! -el lobo estaba todavía muy lejos de recobrar la lucidez- Mira, mona, me temo que tendrás que seguir tú sola; yo he visto la luz y he decidido cambiar de vida.

-Tronco, ¿tú de qué vas? -la irritación de Caperucita había cedido paso a la perplejidad- ¿Se te ha ido la olla, o qué? No me fastidies; ¿no te habrán comido el tarro esos tíos raros de los Hare Krishna?

-¿Qué tiene de malo renunciar a la perfidia del mundo, a la violencia, a la crueldad? No podía seguir siendo el Lobo Feroz, me atormenta pensar en todo el tiempo que he estado aterrorizando a la gente o devorando, ¡ag, me da asco recordarlo siquiera! carne de inocentes seres vivos. A partir de ahora todo será diferente, y yo me encontraré en paz con mi espíritu.

-¡Pues sí que estamos apañaos contigo! -Caperucita estaba al borde mismo del síncope- ¡Escucha, gilipollas, tenemos un contrato firmado! ¿Entiendes? Y tenemos que cumplirlo, si no queremos que nos pongan de patas en la calle.

-A mí ya no me importa que me despidan. -respondió con flema el converso- De hecho, me pensaba despedir yo. Así pues, si me haces el favor de decírselo al jefe de personal te lo agradecería infinito, pues no me haría perder tiempo en mis meditaciones. en cuanto a ti, me temo que tendrás que buscarte otro *partenaire*.

-¡Me cagüen la leche que me han dao! ¿Me puedes decir, pedazo de capullo, dónde demonios voy a encontrar yo a estas alturas a otro lobo? ¿Es que no sabes que están protegidos por los ecologistas, y que está prohibido utilizar animales salvajes para cualquier tipo de espectáculo como el nuestro? Y eso sin contar con las presiones de los sindicatos, o con los mangoneos del productor que, con la excusa de la caída de audiencia, lleva tiempo amenazando con pegar el cerrojazo... ¡y ahora vas tú y se lo pones a huevo! ¿Es que quieres hundirme? -exclamó rabiosa la chica, con lágrimas en los ojos.

-Lo siento, de verdad que lo siento, pero mi decisión es firme y ya no tiene marcha atrás. Y ahora, si me disculpas, quisiera volver a meditar...

Y la dejó con dos palmos de narices, ignorándola como si no existiera. Caperucita, presa de un ataque de histeria, viendo que resultaba inútil intentar descargar su ira contra el insensible lobo acabó por marcharse de la casita dando un fuerte portazo que a punto estuvo de resquebrajar las endeble paredes.

-¿Y ahora qué hago yo? -gemía con desconsuelo al tiempo que se despojaba con rabia de la capa y arrojaba la cestita con la merienda al lindero del camino- ¡Pero a éste lo mato, te juro que lo mato!

## CAPERUCITA PARDA

-¡Abuelita, abuelita, qué dientes más grandes tienes!

-¡Son para comerte mejor! -rugió el Lobo Feroz abalanzándose sobre Caperucita.

Pero no llegaría a alcanzarla, puesto que en ese mismo instante dos hoscos individuos de tez cetrina, ataviados ambos con indumentaria paramilitar, irrumpieron en la habitación interponiéndose entre ambos y haciendo férrea presa de la sorprendida fiera. Pese a su aspecto tosco e hirsuto y su achaparrada estatura, lograron inmovilizarlo tras apenas unos segundos de forcejeo.

-¿Qué...? ¿Qué es esto? -preguntó perplejo a sus captores- Caperucita, ¿quién demonios son estos tipos?

-Quien quiera que sean es algo que no viene a cuento; -fue la respuesta de la muchacha- puedes considerarlos mis guardaespaldas.

-Está bien, prometo no hacerte nada, palabra de lobo; por favor, ¿te importaría decirles que me soltaran?

-Mi querido y peludo amigo, me temo que eso no va a ser posible. Y no porque te tema, te aseguro que nunca has representado un verdadero peligro para mí, y mucho menos lo serías en un futuro; pero conforme a las leyes que rigen el Nuevo Orden todos los cánidos antropomorfos habéis sido considerados como una raza inferior, y como tales, lamento tener que decírtelo, no tenéis cabida en el Nuevo Orden. Así pues, te recomiendo que no te resistas a tu destino, porque entonces sería todavía peor para ti.

-Pero... pero... ¿qué pretendéis hacer conmigo?

-Enviarte al lugar donde te corresponde, junto con tus congéneres y el resto de las razas inferiores. No te preocupes, si acatas las órdenes que se te impartan el trabajo te hará libre.

Y volviéndose hacia los mudos e inexpresivos sicarios, ordenó:

-Llevalo a la estación y entregadlo al responsable del convoy.

Una vez que éstos hubieron partido con su doliente prisionero, Caperucita sacó el teléfono móvil y marcó un número:

-¡Hola! Soy Caperucita. Sí, misión cumplida. Ah, y procurad que los próximos esbirros que me mandéis sean arios puros, rubios y con los ojos azules; ya estoy harta

de tener que bregar con semejante chusma. Sí, ya sé que la cosa está muy mal y que cuesta trabajo reclutar gente, pero todo tiene un límite...

## CAPERUCITA Y CÍA

Caminaba alegre Caperucita, con su linda capita encarnada y su cestita de la merienda, hacia la casa de su abuelita, cuando al borde del lindero salieron a su encuentro tres ceñudos individuos que le bloquearon el paso con ademán amenazador.

-¿Quiénes sois? -preguntó atemorizada la niña.

-¿No nos conoces? -respondió con tono burlón el que parecía llevar la voz cantante, al tiempo que su jeta se retorció en el feo remedo de una sonrisa-. ¿Seguro que no te suenan nuestras caras?

-Pues... -dudó la muchacha-. ¿No seréis los...?

-Efectivamente, somos tus colegas, los Tres Cerditos, para servirte -corroboró el segundo de ellos rematando la frase con una cómica reverencia.

-¿Y qué queréis de mí?

-Algo muy simple -remachó el tercero-. Que des media vuelta y te vayas tranquilamente a casa.

-¡Pero tengo que ver a mi abuelita! -protestó Caperucita sin demasiada convicción-. He cruzado todo el bosque para llegar hasta aquí. No puedo volverme ahora.

-Pues tendrás que largarte por donde has venido, rica -graznó el primer marrano.

-¡Es que me está esperando! -sollozó la pequeña.

-¿Pero cómo puedes ser tan idiota? -le espetó el segundo cochino- ¿Es que no sabes quién se esconde detrás de esa puerta, pedazo de cenutria?

-¿Quién va a ser? Mi abuelita...

-La carcajada de sus tres interlocutores fue tan estentórea que dejó a la niña tan sorprendida como humillada.

-¿Pero cómo puedes ser tan ingenua? -se avino a explicarle el tercer gorrino, algo más amable que sus dos hermanos-. ¿Acaso no recuerdas con quién tropezaste al penetrar en el bosque?

-Sí, con el Lobo Feroz, que dicho sea de paso fue muy amable conmigo... Oye, ¿no estaréis insinuando que...?

-¡Bingo! Piensa un poquito, muñeca, que no es tan difícil como parece. ¿Olvidas que este individuo mostró mucho interés en saber a dónde ibas, y que tú, que eres más tonta que comer la sopa con un tenedor, se lo dijiste?

-¿Y cómo sabéis vosotros eso? -preguntó ella con suspicacia-. No recuerdo que estuvierais allí...

-No, no estábamos, pero leemos y conocemos tu cuento, no como tú que no haces más que pasar las horas muertas tragándote los culebrones y los programas basura que echan por la tele.

-Por eso sabemos que agazapado en la casita de tu abuel, se encuentra, acechándote, el lobo -remachó otro de ellos, a esas alturas era tal el aturdimiento de Caperucita que no podría precisar cual, ya todos le parecían iguales.

-Bueno, ¿y qué? -respondió con chulería-. Al fin y al cabo éste es mi cuento, no el vuestro, y puedo disponer de él como mejor me parezca. Así que ya estáis largándoos con viento fresco, que se me enfría la merienda y además no se puede decir que oláis precisamente a Channel número cinco, pedazo de guarros.

-Puede que el cuento sea tuyo, pero desde luego el lobo no...

-¿Cómo dices, costal de tocino?

-Que no es tu lobo, sino el nuestro -insistió el aludido haciendo caso omiso a la pulla-. El tuyo se dio de baja por depresión hace unos días, y el sinvergüenza del productor decidió birlarnos el nuestro, dejándonos sin trabajo. Así pues, decidimos venir para llevárnoslo.

-¡Eso tendréis que demostrarlo! -chilló la muchacha-. ¡Idos a hacer jamones, que es lo único bueno para lo que servís!

-¿Te convence esta *demonstración*? -galleó el que llevaba la voz cantante esgrimiendo un grueso garrote-. Y te advierto que mis hermanos cuentan con idénticos *argumentos*. Y ahora, ¿vas a ser una niña buena y te vas a ir con tu mamá antes de que se haga de noche?

Caperucita comenzó a retroceder con lentitud sin perder de vista un solo instante a los tres matones, que se habían desplegado formando un semicírculo en torno suyo, cuando oyó una recia voz a sus espaldas:

-¡Quieto todo el mundo! ¡Tengo la escopeta cargada con postas, y al primero que se mueva lo dejo tieso!

Los cerdos, que tenían de frente al intruso, se quedaron inmóviles y bajaron las cachiporras, aunque sin llegar a soltarlas. En cuanto a Caperucita, optó también por quedarse quieta pese a no poder ver al recién llegado.

-¡Y tú, niñata, date la vuelta con cuidado o te agujereo esa horterada de capa que llevas puesta junto con lo que hay debajo!

Caperucita obedeció, descubriendo que quien la amenazaba era un mozarrón ataviado de pastor al que acompañaba un imponente mastín. Y no mentía, puesto que la escopeta apuntaba directamente a su ombligo.

-¿Quién eres tú? -oyó decir a sus espaldas a uno de los tres cerdos-. ¿Y qué pintas aquí?

-¡Cochinos, bah! ¡Donde estén las ovejas...! Me llamo Pedro, y como es fácil de adivinar, soy pastor. Y he venido para llevarme a ese lobo por el que os estabais peleando, puesto que yo también lo necesito para mi cuento.

-¿Y para qué lo quieres, si nunca aparece? ¿No te conocen como el pastor mentiroso? -se atrevió a preguntar otro de los gochos.

-¿Mentiroso yo? -exclamó furioso el zagal dejando de apuntar a Caperucita para amenazar al que había osado tildarlo de tal-. ¡Merecerías que te agujereara la piel! Pero tienes suerte de que hoy me pillas de buen humor. No, no soy mentiroso, lo que ocurre es que la gente no es capaz de valorar mi imaginación. ¡Palurdos idiotas! Además, sí que necesito al lobo para terminar el cuento.

-Entonces, quizá pudiéramos llegar a algún tipo de arreglo... -propuso conciliador el cerdo que había hablado en primer lugar-. Nosotros podríamos usarlo primero y luego enviártelo a ti, y así todos contentos...

Iba a protestar Caperucita en un intento de hacer valer sus derechos, cuando una nueva voz vino a interrumpir la discusión.

-Disculpen, señores, ¿es aquí donde se encuentra trabajando el Lobo Feroz?

-Quien había hecho la pregunta, como pudieron comprobar sorprendidos todos los allí presentes, era una cabra de blanco vellón que acababa de llegar al claro.

-¡Vaya, éramos pocos y parió la abuela! -exclamó Pedro frunciendo el ceño-. ¡Y encima es una cabra! -remachó despectivo-. ¿Qué diantre quieres?

-Vengo a buscar al lobo. -respondió calmadamente la interpelada-. Lo necesito para nuestro cuento, el de *El lobo y los siete cabritillos*.

-¡Pues tendrás que ponerte a la cola, amiga, porque al parecer todos hemos venido a lo mismo! -exclamó mordaz uno de los cerdos.

-¡Ya te estás largando con viento fresco de aquí -graznó el pastor de mala gana-. Bastante tengo con estos imbéciles para que tú vengas a incordiar.

-¡Pero es que yo traigo una autorización por escrito del productor para llevarme al lobo esté donde esté! -porfió la cabra-. Tengo prioridad sobre cualquier otro cuento.

-¡Y un jamón! -exclamó Caperucita, incurriendo en el lenguaje políticamente incorrecto dada la presencia de representantes porcinos-. La única que tiene derecho a disponer del lobo soy yo, que por eso es mi cuento.

-Pero soy yo quien tiene la escopeta... -recordó el pastor-. y al perro.

Iban a hacer valer también sus presuntos derechos los tres cerdos, cuando se montó tal pandemonium que cualquier tipo de negociación se tornó directamente imposible. Hubiera sido difícil predecir el resultado de la discusión de no darse la circunstancia de que, cuando menos lo esperaban, se abrió la puerta de la cabaña apareciendo en el umbral el disputado Lobo Feroz.

-¿Qué coño está pasando aquí? -rugió con profunda y terrorífica voz-. ¿Es que no se va a poder trabajar tranquilo?

Tras haber acallado momentáneamente a todos los que se le disputaban, la fiera comenzó a perder por momentos el aplomo que le caracterizaba.

-¡Hombre, Caperucita! ¡Y los Tres Cerditos, Pedro el Pastor y Mamá Cabra! ¡Pero si estáis aquí todos mis compañeros de trabajo! ¿Qué hacéis todos juntos? ¿No... no habréis venido a buscarme todos a la vez? ¡No...! ¡Quietos! ¡Quietos, os digo!

Porque, pasado el primer momento de indecisión, todos ellos se habían abalanzado en tromba sobre el desgraciado cánido en un intento de arrebatárselo a los demás; hasta el mastín participaba con entusiasmo en la trifulca, repartiendo mordiscos a diestro y siniestro sin salvar de ellos ni tan siquiera a su amo.

Instantes después, todos ellos yacían magullados en el claro. El lobo, uno de los peor parados puesto que todos habían ido a por él, se levantó cojeando; tenía un ojo morado y una de las orejas desgarradas por culpa de un mordisco de su primo el mastín, y las ropas de mujer con las que se había disfrazado eran tan sólo unos destrozados jirones de tela.

-¡Estoy harto! -rezongaba el pobre animal al tiempo que se dirigía hacia el sendero del bosque-. ¡Completamente harto! ¡No basta con seguir siendo eventual después de

tantos años, ni con que te contraten siempre por una empresa de empleo temporal que te explota y te paga una miseria! ¡No basta con tener que hacer pluriempleo para poder sobrevivir, aguantando a toda esta panda de chiflados y sin tener tiempo libre ni para ir a mear! ¡No señor, encima van y te pegan una paliza sin venir a cuento! ¡Pues que los zurzan, porque yo prefiero quedarme en casa cobrando el paro!

Y desapareció en la espesura, dejando al resto de los protagonistas compuestos y sin lobo.

-¿Y ahora qué hacemos? -se atrevió a decir uno de los cerdos.

-Ésa es una buena pregunta -respondió filosóficamente el pastor-. ¿A alguien se le ocurre alguna idea?

El mastín, satisfecho tras las tarascadas repartidas, se lamía feliz la barriga. De pronto, algo empezó a inquietarle; dejó los lametones y levantó los ojos para encontrarse con las miradas amenazadoras de los cerdos, Caperucita, Pedro y la cabra.

-¡Ah, no, eso sí que no! Mi convenio lo dice claramente: perro de trabajo y compañía hasta el final de la obra, nada de disfrazarme de... ¡Aink!

Unos y otros tiraban para sí de las patas del pobre animal, que se debatía inútilmente entre tanta fiera.

## CAPERUCITO/A ROJO/A

-¡Abuelita, abuelita, qué dientes más grandes tienes!

-¡Son para comerte mejor! -rugió la fiera abalanzándose sobre la indefensa niña.

-¡Socorro, es el lobo! -gritó ésta con desesperación.

Sin embargo, y para sorpresa suya, su atacante se detuvo en seco con una expresión de ira reflejada en su semblante.

-¡Oye, niña, no te confundas! -la reprendió con acritud- Que yo de lobo no tengo nada; soy una loba, y a mucha honra.

-¿Acaso esta circunstancia cambia en algo la situación? -repuso la presunta víctima, recobrando siquiera en parte la calma- ¿O es que usted no es también un carnívoro, perdón, carnívora, salvaje?

-¡Un respeto, guapa, un respeto! Que ya está bien de tanta leyenda negra. ¿O es que no ves los documentales de la tele? Claro, te tragarás tan sólo los programas de telebasura... De fiera salvaje nada, servidora es una honrada depredadora que cumple con una tarea clave en la pirámide ecológica.

-Poco me importan esos matices, si de cualquier manera me va a devorar...

-¡Pero bueno! ¿Por quién me has tomado? Yo soy una loba comprometida con la lucha contra la discriminación sexual, y si estoy aquí en lugar de alguno de mis congéneres machos, es para denunciar el machismo de los cuentos, y no para colaborar con él.

-Entonces... ¿no me va a devorar?

-¡Que no, leches, que no! Devoraría gustosa a un macho de tu especie, pero no a una compañera.

-¡Ah, ya! -Caperucita seguía sin tenerlas todas consigo- Entonces, ¿qué hago yo ahora?

-¡Pero mira que eres pelma! -gruñó la loba, agitando el peludo rabo con impaciencia- ¡Y yo qué sé! Haz lo que te dé la gana, no es mi problema. Yo lo único que pretendía era reventar el cuento, y ya lo he conseguido.

-¿Y qué pasa con el cazador?

-¿Qué cazador?

-El que se supone que está ahí afuera y que tendría que entrar en el momento en el que usted intentara devorarme, disparándole a usted... -respondió la niña con un hilo de voz- ¿Es que no se sabe el cuento?

-¡Pues claro que sí, listilla! ¡No me lo voy a saber! Pero resulta que no es cazador, sino cazadora, y compañera además de mi comando feminista. ¿O es que no te extraña que no haya entrado todavía pese al escándalo que has montado con tus gritos? Está apostada ahí afuera, por si algún retrógrado machista intentara oponerse a nuestro acto de denuncia.

-¿Y mi abuelita?

-Anda que no eres coñazo, maja. La vieja está encerrada en el armario, y la liberaremos una vez que hayamos concluido nuestra misión. Sentimos tener que hacerlo, ella es también una hembra, pero por desgracia no se avino a nuestras razones...

-Sí. -reconoció la muchacha- la abuelita siempre ha sido un tanto chapada a la antigua, así que no me extraña que vuestras reivindicaciones le sonaran a chino. Pero no le hagan daño, pese a todo es una buena persona. Y ahora, señora loba, si usted no desea nada más de mí, le rogaría que me permitiera marcharme, ya que aquí no puedo hacer nada, el camino hasta casa es largo y no es conveniente que una niña pequeña ande sola de noche.

-Ya te he dicho que no tenemos nada contra ti, pero si quisieras unirme a nuestro movimiento serías bienvenida.

-Le aseguro que me gustaría, señora, pero tenga en cuenta que soy menor de edad, y si mi padre se entera...

-¡Machos! -escupió la loba con desprecio- Todos son iguales. Está bien, márchate, al fin y al cabo nosotras también estamos deseando largarnos.

Instantes después, Caperucita trotaba por el caminito que atravesaba por el bosque. Una vez que hubo perdido de vista la casita, escondida tras la densa masa de los árboles, apretó el paso a la par que exhalaba un profundo suspiro.

-¡Uf! ¡De buena de la que me he librado! Si esa zumbada llega a enterarse de que no soy una chica, a estas alturas no quedan de mí ni los huesos. En cuanto me eche a la cara a la lista de Caperucita me va a oír, ya estoy hasta las narices de tener que sustituirla cada vez que se le antoja irse a morrear con su novio. Bastante ridículo es ya tenerme que disfrazar como si fuera un travesti, para que encima me toque jugarme el pellejo... y por las cuatro miserables perras que me paga.

Cuando su figura se perdió en lontananza, todavía seguía maldiciendo.

## CAPERUCITA ESCARLATA

-Así pues, y en ejercicio de la autoridad que me ha sido conferida, os declaro marido y mujer. El novio puede besar a la novia.

El oficiante hizo una pausa exhibiendo una sonrisa que, sin solución de continuidad, se trocó en un rictus de espanto. Profundamente alarmado, exclamó:

-¡He dicho besar, pedazo de bestia, no morder!

Pero ya era tarde. El Lobo se había abalanzado sobre el grácil cuello de Caperucita asestándole una feroz dentellada, y ésta se desangraba por momentos sin que ninguno de los presentes pudiera hacer nada por evitarlo mientras su blanco vestido se teñía con el escarlata de la sangre.

Instantes después expiraba, sin haber podido disfrutar siquiera de su efímera condición de desposada.

-Yo... -se disculpaba el uxoricida cuando la policía se lo llevaba esposado- yo no quería hacerlo, pero la costumbre...

-Es una lástima. -suspiró el oficiante contemplando con tristeza cómo los servicios funerarios retiraban el cadáver de la infortunada joven- Para una vez que el cuento terminaba bien...

## CAPERUCITA PARITARIA

-Abuelita, abuelita, ¡qué dientes tan grandes tienes!

-¡Son para comerte mejor! -exclamó el Lobo Feroz abalanzándose sobre la indefensa muchacha.

Instantes después, todo lo que quedaba de la desdichada Caperucita era un informe montón de telas desgarradas y de huesos, mientras la sangre teñía de rojo las sábanas de la cama.

-¡Corten! -exclamó una voz. Y saliendo de detrás de las cámaras, el director ordenó al ahora calmado lobo:

-¡Tú! ¡Ve a ducharte, límpiame bien las fauces y pasa luego por vestuario para que te den ropa nueva... esa la has dejado hecha un asco!

Cuando la fiera, obedeciendo dócilmente, hubo abandonado el estudio, continuó:

-¡Y vosotros los de atrezzo, quiero esto limpio en media hora... todavía tenemos que grabar tres escenas más!

Tras lo cual, volvió tras las cámaras. Aunque su intención era sentarse en su silla, al ver a un tipo de aspecto reptilésco que pululaba por allí se dirigió a él con cara de pocos amigos.

-¡Bien, estará satisfecho! -le increpó sin un ápice de amabilidad en su tono-. Como puede comprobar, y decírselo a sus amos, aquí respetamos escrupulosamente la ley de paridad... un lobo, una Caperucita. Un lobo, una Caperucita. Siempre al cincuenta por ciento, aunque el espíritu original del cuento se vaya al carajo. Esta vez le ha tocado a ella, así que la próxima será el lobo quien acabe fiambre por los disparos del cazador.

-Sí, claro -respondió éste con sorna-. Lo que ha olvidado añadir es que con esta ley que aparentemente tanto detestan ustedes se están ahorrando un montón de pasta... porque los lobos, al ser tan escasos, les salían bastante más caros que las caperucitas; eso sin contar con que al cazador le tienen ahora a media jornada con la excusa de que tan sólo hace la mitad del trabajo.

-Eso no es asunto de su incumbencia -bufó el director fulminándole con la mirada-. Ya ha espiado lo suficiente, ¿no? Pues ahora lárgete de aquí con viento fresco, porque está estorbando y tampoco me gusta su olor a podrido. Ya se está yendo, o aviso a los de Seguridad.

Y volviéndose hacia el lugar en el que aguardaba el equipo técnico, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

-¡La siguiente Caperucita! ¿Está lista ya? ¡Que no tenemos todo el día...!

## CAPERUCITA ECOLÓGICA

-Abuelita, abuelita, ¡qué dientes tan grandes tienes!

-¡Son para comerte mejor! -exclamó el Lobo Feroz abalanzándose sobre la indefensa muchacha.

Por fortuna, un cazador que pasaba por allí, al oír los gritos de la desesperada muchacha y los aullidos de la fiera, entró a toda prisa en la cabaña descerrajándole un tiro en las fauces que dio con él en tierra antes de que pudiera devorar a la aterrorizada Caperucita. Acto seguido sacó su cuchillo de monte y, abriendo en canal el cadáver del lobo, sacó de su estómago a la abuelita, magullada y sucia, pero por fortuna ilesa.

-¡Corten! -exclamó una voz. Y saliendo de detrás de las cámaras, el director ordenó:

-¡A ver, vosotras! -dijo, dirigiéndose a Caperucita y a su abuela- Volved a vuestros camerinos y preparaos para la siguiente grabación; tenéis media hora. Y tú, abuela, dúchate y cámbiate de ropa, porque apesta.

Cuando éstas hubieron abandonado el estudio, ordenó a su vez al equipo:

-¡Y vosotros los de atrezzo, quiero esto limpio en media hora... todavía tenemos que grabar tres escenas más!

Tras lo cual, volvió tras las cámaras. Aunque su intención era sentarse en su silla, al ver a un tipo de aspecto reptilisco que pululaba por allí se dirigió a él con cara de pocos amigos.

-¡Bien, estará satisfecho! -le increpó sin un ápice de amabilidad en su tono-. Como puede comprobar, y decírselo a sus amos de producción, hemos seguido sus instrucciones para ahorrar presupuesto... aunque no me negará que queda un tanto ridículo usar perros San Bernardos en lugar de lobos de verdad, por mucho que los maquillemos...

-Hace mal en renegar de los jefes del estudio, al fin y al cabo tanto usted como yo somos empleados suyo -le reconvino éste-. En cuanto al cambio de los lobos por perros, debería saber usted que, al tratarse de una especie protegida, no nos era posible recurrir a ellos sin correr el riesgo de que nos denunciaran y nos paralizaran el rodaje... ya les pasó a los productores de *Los tres cerditos*, que por empeñarse en usar un lobo real todavía están pagando las multas, y gracias que lo les embargaron también los estudios.

-Usted dirá lo que quiera -rezongó el director-, pero a mí me parece ridículo.

Y mascullando por lo bajo, se dirigió a rumiar su enfado en la soledad de su camerino.



## CAPERUCITA CINEGÉTICA

-Abuelita, abuelita, ¡qué dientes tan grandes tienes!

-¡Son para comerte mejor! -exclamó el Lobo Feroz abalanzándose sobre la indefensa muchacha.

Por fortuna, un cazador que pasaba por allí, al oír los gritos de la desesperada muchacha y los aullidos de la fiera, entró a toda prisa en la cabaña descerrajándole un tiro a quemarropa a Caperucita, que se desplomó sobre la cama.

-¡Bueno, yo ya he cumplido mi parte! -exclamó el asesino dirigiéndose al expectante lobo-. Ahora, cumple tú con la tuya.

Rezongando, la fiera sacó del cajón de la mesilla un taleguillo que entregó al cazador con gesto de enfado.

-¡Ahí la tienes! -exclamó-. Bien caro me sales por un simple disparo... ¿acaso crees que nado en la abundancia?

-¿Acaso crees que no me la juego pegando tiros a la gente? -respondió burlón su interlocutor mientras contaba codiciosamente las monedas-. Y si no estás conforme, búscate a otro más barato para que te saque las castañas del fuego.

Una vez el cazador se hubo marchado, el lobo suspiró y, tras sacar del armario diversos utensilios de carnicero, procedió a la tediosa y desagradable tarea de trocear el cadáver.

-¡Mira que es desgracia llegar a viejo! -se lamentaba mientras manejaba con torpeza las cuchillas- Ni fuerzas tengo para cazar por mí solo... y por si fuera poco, tendré que ir en cuanto pueda al dentista para que me saque el único colmillo que me quedaba, porque el dolor es inaguantable. Dentro de poco me veo comiendo sopas y purés. ¡Para que luego digan que la vida de los lobos es afortunada! Se la cambiaba yo a esos listos

## CAPERUCITA ZOMBI

El Lobo Feroz, tras devorar a la abuela de Caperucita, se había acostado en su cama vestido con un camisón y un gorro de dormir, planeando atrapar con engaño a la confiada muchacha.

Ésta no se hizo esperar, llamando pocos minutos después a la puerta de la casita. La fiera le dio permiso para entrar disimulando todo lo posible su ronca voz, y vio cómo la muchacha llegaba hasta el pie de la cama con la cara oculta bajo su capucha encarnada. Iba a darle una fingida bienvenida cuando ésta echó bruscamente hacia atrás la capucha, mostrándole un rostro distorsionado y cadavérico, con evidentes síntomas de putrefacción pero al mismo tiempo vivo... o, cuanto menos, no muerto del todo.

La muchacha, o lo que fuera, se movía con torpeza, como si le costara trabajo sincronizar los músculos de su corrompido cuerpo. Pero se dirigía hacia él con decisión, mientras el rictus marcado en su deforme cara no dejaba dudas acerca de sus malévolas intenciones.

-¡Un zombi! -exclamó aterrorizado el Lobo Feroz al tiempo que intentaba saltar de la cama.

Pero el camisón y las sábanas entorpecieron sus movimientos, impidiéndole huir del peligro. Además el monstruo bloqueaba el paso hacia la única puerta de la habitación, dejándole acorralado y sin posibilidad de escapar. No le cupo la menor duda de que estaba perdido.

Instantes después, sentía como los aguzados dientes de su presunta víctima se hincaban con saña en su cuello. Sus días como mortal habían terminado, y a partir de ese momento pasaría a engrosar el número de los muertos vivientes.

-Bien -se dijo con resignación mientras agonizaba-. Al fin y al cabo yo ya estaba acostumbrado a devorar carne humana, así que con un poco de suerte no tendrán por qué notarse mucho las diferencias.

Y expiró.

## CAPERUCITA LICÁNTROPA

-¡Abuelita, abuelita, qué dientes más grandes tienes!

-¡Son para comerte mejor! -exclamó el Lobo Feroz abalanzándose sobre la desprevenida Caperucita.

La niña, terriblemente asustada, dio un salto hacia atrás cayéndosele la capucha que hasta entonces había llevado echada sobre la cabeza. Este gesto, aparentemente trivial, tuvo la virtud de detener a la bestia justo cuando iba a clavar las fauces en su indefensa víctima.

Perplejo, observó el rostro de la muchacha, que no era humano pero tampoco lobuno... o era ambas cosas a la vez. Con un escalofrío, recordó que era noche de luna llena.

-Tú... -exclamó perplejo-. Tú... eres...

-Una licántropa -explicó Caperucita, temblando de terror-. Éste es mi secreto.

El lobo, pensativo, consideró lo difícil que resultaba encontrar hembras de su especie a causa de la feroz persecución sufrida de manos de los humanos a lo largo de los siglos. Así pues, deponiendo su expresión feroz y esbozando lo que pretendía ser una sonrisa, preguntó:

-Y tú, Caperucita, ¿estudias o trabajas?

## LOBITO ROJO Y LA CAPERUZA FERROZ

Lobito Rojo era el cachorro más pequeño de la camada, y debía su apelativo a la bella tonalidad caoba de su pelaje. Esa mañana había decidido ir a visitar a su abuelita, una vieja y venerable loba, para llevarle como obsequio el gazapo que había cazado la noche anterior, su primera presa, de la cual se sentía legítimamente orgulloso.

Lobito entró en la madriguera de su abuela y, tras depositar cuidadosamente su trofeo en el suelo, procedió a saludar alegremente a la anciana, que permanecía acurrucada en el fondo del comfortable cubil.

-¡Abuelita, abuelita! -y viendo el extraño objeto alargado que yacía al lado del cuerpo de la loba, exclamó:- ¡Abuelita, qué rabo más largo tienes!

-¡Es para cazarte mejor! -exclamó la falsa abuela, desprendiéndose de la piel de lobo con la que se había camuflado al tiempo que apuntaba al aterrado Lobito con la escopeta que éste había tomado ingenuamente por su rabo.

Lobito, petrificado por el pánico, se supo perdido. Había caído en una trampa de la pérfida Caperuza Feroz, la más sanguinaria cazadora de lobos de todo el país. Se decía que ni siquiera respetaba la vida de los cachorros más indefensos, con cuyas pieles gustaba de hacerse guantes y calcetines... tan sólo era cuestión de que apretara el gatillo.

Por fortuna para él, un inesperado ruido en la boca de la lobera distrajo momentáneamente a la feroz asesina, lo justo para que una sombra se abalanzara sobre ella sin darle tiempo a disparar la mortífera arma. Se trataba de Lobo Audaz, el más encarnizado enemigo de los cazadores, a los cuales se enfrentaba, con el único auxilio de sus colmillos, en defensa de la stirpe lobuna. Posiblemente en un espacio abierto no habría tenido la menor oportunidad frente a la escopeta de su enemiga, pero en el interior de la estrecha lobera, y aprovechando la momentánea distracción de su rival, se lanzó como una centella contra su cuello acabando en instantes con la detestable asesina.

Apenas se hubo repuesto del susto, Lobito manifestó su agradecimiento a su providencial salvador, el cual se limitó a recriminarle paternalmente por su peligroso descuido. Acto seguido ambos procedieron a devorar a la malvada Caperuza, reservándose para Lobito las partes más succulentas de su correosa carne. En cuanto a su horrible capa, símbolo de tantos asesinatos de inocentes lobos, ésta fue colgada de las ramas de uno de los árboles más altos del bosque para advertencia a los lobeznos imprudentes y como recuerdo perenne de su maldad.

## CAPERUCITA DOMINATRIX

-¡Abuelita, abuelita, qué dientes más grandes tienes!

-¡Son para comerte mejor! -exclamó el Lobo Feroz abalanzándose sobre Caperucita.

Ésta, sin amilanarse, dio un paso atrás al tiempo que, con un hábil movimiento de su brazo, se desprendía de la capa roja con la que hasta entonces había estado embozada, desvelando un ajustado atavío de cuero negro profusamente adornado con herrajes metálicos. Unas botas altas, también de cuero y rematadas por unos espectaculares tacones, y unas medias de malla que le cubrían los muslos, completaban su peculiar vestimenta.

-¡Atrás, bestia inmundada! ¡Atrás! -le conminó, al tiempo que fustigaba a la fiera con un látigo que había sacado de la cesta.

El lobo, sumiso, se acurrucó sobre la cama implorándole perdón. Instantes después, la bestia se encontraba boca abajo, atada por las cuatro patas a las esquinas de la cama y con un bozal y un collar ceñido al cuello, mientras su partenaire le azotaba inmisericordemente el lomo como preámbulo a prácticas aún más escabrosas.

-¡Habrase visto! -rezongaba ésta para sus adentros-. Lo que hay que hacer para poder ganarse el sueldo. Como si a mí me apeteciera andar sacudiendo a este imbécil...

-¡Sigue, sigue! -gemía mientras tanto el Lobo Feroz, cada vez más excitado por el castigo.

## CAPERUCITA FOFA

Iba Caperucita por el bosque camino de la casa de su abuelita, cuando de repente le salió al paso el temible Lobo Feroz.

-¿Dónde vas, Caperucita, tan sola por este apartado bosque plagado de peligrosas fieras? -le preguntó la alimaña interponiéndose en el sendero.

-Voy a casa de mi abuelita, a llevarle la merienda -respondió la niña, lamentándose en su fuero interno por haberse dejado olvidado en casa el aerosol de gas pimienta.

-¿Y de dónde vienes? -inquirió de nuevo.

Viendo que ésta no respondía, añadió:

-¿No será, por casualidad, del Burger Shit? ¿O quizá del Pizza Trash?

Aunque Caperucita persistió en su silencio, la fiera supo que había dado en el clavo.

-¡Así estás cada vez más gorda, de tanto comer comida basura! ¿Acaso te has mirado últimamente en el espejo? ¿O es que ni te atreves siquiera? -la espetó-, Porque cada día te vas pareciendo más a una foca. Eso sin contar con que tendrás el colesterol, los triglicéridos, las transaminasas, la glucosa y la tensión arterial por las nubes, así que no te extrañe que cualquier día te pueda dar un jamacuco. ¿Es que no puedes comer algo más sano como fruta, verdura o pescado?

Caperucita no rechistó, pero agachó la cabeza al tiempo que su terso -en realidad hinchado- cutis, incluyendo la doble papada, se teñía de un vívido tono cárdeno.

-Y seguro que también le llevarás a tu abuela esas porquerías ¡Trae aquí! -ordenó al tiempo que le arrebató de un zarpazo la cesta.

-Me lo temía -rezongó el lobo-. Una Big Caca doble con queso o lo que sea esa cosa amarilla, chorreante de ketchup y mostaza; unas patatas fritas, que además serán transgénicas, rezumando aceite de palma, y para beber una Soja Mola Mil calorías con sabor a barbacoa... ¿es que quieres matar a la pobre vieja?

Y adoptando su expresión más terrorífica, aulló:

-¡Ya estás volviendo a tu casa y preparándole a tu abuela una merienda como Dios manda! Pescado a la plancha, una ensalada, pan candeal, fruta, un yogur semidesnatado y para beber, agua. ¡Ah, y el aceite de la ensalada que sea de oliva, nada de esas guarrerías que tanto te gustan! Y con esto me quedo yo -remachó volcando la cesta y devolviéndosela

vacía-, no sea que tengas tentaciones de comértelo por el camino. ¡Venga! -le apremió-, que se hace tarde.

Cuando Caperucita, aterrada, se perdió corriendo y llorando tras un recodo del camino, el Lobo suspiró y, recogiendo las viandas requisadas, se apresuró a devorarlas.

-¡Hay que ver lo bajo que he caído, yo que no hace tanto era el terror del bosque! -se lamentó la fiera tras beberse, a modo de postre, el brebaje camuflado de refresco-. Pero después de una semana sin probar bocado, lo cierto es que la dignidad puede irse tranquilamente a hacer puñetas.

Y exhalando un profundo suspiro, se consoló:

-Sí, ya sé que podría haber devorado a las dos tal como establecía el guión original, pero entre que la vieja es un saco de huesos y la niña una bola de grasa, la verdad es que no me apetecía lo más mínimo. Esto que me acabo de comer es una porquería, de acuerdo, y además estaba asqueroso, pero al fin y al cabo me ha llenado el estómago. Muy sano no debe de ser, pero por comerlo una vez no creo que me haga demasiado daño. Menos, probablemente, que el que me podría haber hecho comerme a Caperucita, que a saber a qué sabrá después de tantos años cebándose con esta bazofia.

Y encogiéndose filosóficamente de hombros, se internó en la espesura camino de su guarida.

## CERDITO ROJO

Se encontraba el Lobo Feroz acechando a los incautos viajeros que osaban internarse por el sendero que atravesaba el bosque, cuando vio llegar por él a una figura que le resultó familiar bajo la capa y la caperuza de vivo color rojo.

Así pues, saltó a mitad del camino interceptándole el paso al tiempo que preguntaba con voz fingidamente meliflua:

-¿Dónde vas, Caperucita, por estos parajes tan peligrosos para una niña?

-¿A dónde quieres que vaya, sino a llevarle la comida a ese puñetero vejstorio? -rezongó quien se agazapaba bajo la vestimenta, con una voz chirriante que poco tenía que ver con la que cabía esperar en una muchacha-. ¿Crees que lo hago por gusto en lugar de estar viendo tranquilamente la final de la Liga de Campeones? -concluyó, rematando con un rotundo taco que daba buena muestra de su malhumor.

-Pero tú no eres Caperucita... -musitó, confundida, la fiera.

-¿Acaso lo parezco? -gruñó el recién llegado- Y a mucha honra, sólo faltaría que me compararan con esa mocosa. Pero a la muy imbécil no se le ocurrió otra cosa que coger el sarampión, el médico le dio la baja y ¡hale!, los de arriba echaron mano del primer pringado que tuvo la mala suerte de tropezar con ellos, es decir, yo. ¡Y ni siquiera me pagan las horas extras alegando no sé que cláusula del convenio!

-¿Entonces, quién eres tú?

-Soy uno de los Tres Cerditos -respondió éste echando hacia atrás la capucha y mostrando orgulloso la jeta-. Pero te aseguro que otra vez no me pillan en un marrón, ya sabré escurrir el bulto como lo hicieron mis dos hermanos.

El Lobo estaba desconcertado, pero como astuto que era supo reaccionar con rapidez.

-Vaya mala suerte... -condescendió-. Y dime, ¿cuál de los tres eres tú? ¿El de la choza de paja, el de la cabaña de madera o el de la casa de ladrillos?

-¡Pero bueno, tío! ¿De dónde has salido? -respondió el gorrino-. Hace ya mucho que los tres nos mudamos a un chalet adosado en una urbanización en primera línea de playa; a ver si te crees que íbamos a seguir viviendo en mitad del bosque como unos miserables anacoretas.

-Eso está bien, siempre es bueno mejorar -respondió el taimado cánido-. Así estaréis a salvo de las alimañas que pululan por estos parajes -añadió con total desparpajo.

-Pues sí, sobre todo después del percance que tuvimos con un congénere tuyo, menudo susto que nos llevamos. Y ahora, si me lo permites... -concluyó el Cerdito mostrando su intención de continuar su camino-. Estoy deseando darle su comida a la vieja y volver a casa lo antes posible, no sea que mientras tanto me vuelvan a largar otro muerto.

-Por supuesto... -concedió el Lobo apartándose educadamente a un lado-. Pero dime, ¿cuál es la urbanización en la que vivís? Teniendo en cuenta vuestro buen gusto, estoy seguro de que será muy interesante mudarse allí, al fin y al cabo ya me estoy volviendo viejo y las humedades de mi cueva me traen mártir con el reuma.

-¡Oh, es muy conocida! Se llama La Alegría de la Costa, y son muchos los compañeros nuestros que se han mudado allí -respondió su interlocutor al tiempo que reanudaba el camino-. Blancanieves, la Bella Durmiente, Pinocho, Aladino, Alicia, la propia Caperucita... la verdad es que hay muy buen ambiente y nos lo pasamos estupendamente en el club social, las piscinas, el gimnasio o el campo de golf. ¡Hasta luego! -saludó alzado amistosamente la pezuña antes de perderse de vista tras una revuelta del camino.

-¡Vaya, vaya! -murmuró para sí el Lobo una vez se vio de nuevo solo-. Ya me extrañaba a mí que llevara tanto tiempo sin poder echarme a la boca a un mísero personaje de cuento... y mi primo, el rival de estos tres puercos, me dijo el otro día que a él no le iba mejor. Bien, tendré que ir a buscarlo y proponerle que dejemos de acechar en el bosque, ya que así sólo conseguiremos acabar muriéndonos de hambre. Será mejor que nos asociemos y nos reconvirtamos en asaltadores de casas. Al fin y al cabo entrar en uno de esos adosados no puede ser demasiado complicado, y allí sin duda no nos faltarán presas incautas a las que poder devorar. ¡Sí, es una buena idea! -exclamó ilusionado.

Y silbando entre las fauces -bastante mal, por cierto- la melodía de *Mira siempre el lado bueno de la vida* de los Monty Phyton, marchó alegre hasta la cercana cueva de su primo para proponerle su plan.

## CAPERUCITA PIJA

Caperucita salía con sus amigas Blancanieves, Cenicienta -que sólo lo era en pantalla- y las dos Bellas del exclusivo *resort* donde todos los días jugaban al pádel y al golf, chapoteaban en la piscina, se ponían al día de los chismes de la alta sociedad y mariposeaban entre los numerosos jóvenes ociosos -y adinerados- que se dejaban caer por allí.

-Bueno, chicas, mañana nos vemos -se despidió de ellas, encaminándose hacia el Lamborghini rojo regalo de su último cumpleaños.

Estaba abriendo la puerta cuando la súbita llegada de un desconocido la sobresaltó. Echando precipitadamente el bolso -de marca, evidentemente- en el que guardaba la ropa de deporte al asiento trasero, se volvió descubriendo que se trataba de su antiguo partenaire el Lobo Feroz; un Lobo Feroz de aspecto triste y alicaído ataviado con unos harapos que le daban el aspecto de mendigo que probablemente era.

Además olía mal, constató al tiempo que fruncía con desagrado el entrecejo. ¿Es que la gente no se podía duchar todos los días? Tampoco era tan cara el agua...

-¿Qué haces aquí? -le espetó con acritud-. Éste no es un sitio para ti.

-Ya lo sé -respondió la fiera con humildad-. Pero es que estoy desesperado. Llevo varios años sin trabajar, no tengo ningún ingreso, me desahuciaron de mi cueva y... -concluyó avergonzado- tengo hambre. Hace varios días que no pruebo bocado.

-¿Y qué quieres que haga yo? No tengo la culpa de que por tu mala cabeza no supieras salir adelante como actor.

“Y de no haber tenido unos padres podridos de dinero y con contactos en las altas esferas como tú -pensó rencorosamente el Lobo-. De haber contado con tus agarraderas, poco me hubiera importado que colapsara el mercado de películas basadas en los cuentos infantiles”.

-Caperucita, por el recuerdo de los años que fuimos compañeros de trabajo, te ruego que me ayudes. Estoy desesperado...

-Lo siento, pero no acostumbro a llevar dinero en metálico encima, hay mucho desaprensivo por ahí suelto y no quiero que me den un susto.

-Llévame a donde sea, a una hamburguesería barata, donde puedas pagar con tarjeta... para ti no es nada, y para mí sería mucho -suplicó el Lobo.

-¡Qué dices! -respondió ésta, palideciendo ante la perspectiva de que pudiera llegar a mancharle los asientos de cuero-. No puedo, tengo que ir a visitar a mi abuelita y ya voy con retraso.

Era cierto, aunque calló que no le apetecía lo más mínimo ver a semejante arpía; pero su padre le insistía una y mil veces en la conveniencia de mostrarse simpática con ella y dorarle la píldora, ya que la vieja estaba podrida de dinero y había que evitar por todos los medios que se lo dejara en herencia a las imbéciles de sus primas.

Haciendo un displicente gesto de despedida, Caperucita montó en su deportivo y salió calle adelante en un arranque digno de un conductor de Fórmula 1. Mientras se alejaba del andrajoso Lobo, pensaba que no tenía que olvidarse de avisar al servicio de vigilancia de la urbanización donde se encontraba el *resort* para que anduvieran más diligentes a la hora de evitar que se colaran mendigos. Faltaría más.

El Lobo, por su parte, contempló como se alejaba su antigua colega meditando melancólicamente sobre el antiguo adagio de que el hombre era un lobo para el hombre, que él interpretaba como que el hombre -la mujer en este caso- era un hombre para el lobo. Tras lo cual, procedió a abandonar ese reducto de fatuos privilegiados en busca de otros lugares más hospitalarios con los desafortunados.

## CAPERUCITA ROJA... DE VERDAD

Tras salvar a su abuelita de las garras del lobo, Caperucita se convirtió en una heroína para los habitantes del bosque, los cuales, agradecidos por haberles librado de la fiera, le ofrecieron el gobierno de su pequeño territorio.

Nunca lo hubieran hecho. Tras condenar al desdichado lobo a trabajos forzados de por vida en los Monegros, medida que todos sus conciudadanos aplaudieron, Caperucita implantó la dictadura del campesinado concentrando a los lugareños en koljós a los que tenían que entregar el fruto de sus trabajos, recibiendo a cambio unas magras cantidades de alimentos que apenas si les bastaban para no morir de inanición. Asimismo creó una guardia personal con los cazadores más montaraces, a los cuales recurrió para vigilar a sus nuevos súbditos reprimiendo cualquier intento de protesta o rebelión que pudiera brotar entre ellos.

Implantó asimismo una férrea censura, al tiempo que se autoproclamaba Primer Ciudadana y Gran Protectora de la Nación. Sobre los cimientos de la modesta casita de su abuela, a la que desterró en castigo por sus reproches, erigió un feo y macizo edificio mitad residencia mitad sede de su gobierno, y en lo más espeso del bosque mandó levantar una lúgubre cárcel en la que encerrar a todos cuantos osaron enfrentarse a ella.

No tardarían demasiado sus desdichados súbditos en comenzar a añorar los tiempos en los que tan sólo debían temer al lobo.

## CAPERUCITA CENICIENTA

Caperucita era una niña muy desgraciada. Huérfana de madre desde su más tierna infancia, su padre se había casado en segundas nupcias con una mujer malvada que la maltrataba junto con sus dos hijas, pues pretendía arrebatarle no sólo el cariño de su padre, sino también la herencia que le correspondía, que no era poca, en beneficio de sus aborrecibles hermanastras.

No contenta con ello, su madrastra la obligaba a vela vestía con ropa vieja y sucia y le obligaba a hacer las tareas más serviles tal como si ella fuera una vulgar criada, mientras sus hermanastras lucían bellos vestidos y su única ocupación era asistir a fiestas en las que intentaban buscar -infructuosamente, ya que ambas eran detestables-, a jóvenes ricos con los que conseguir un matrimonio ventajoso.

La pobre Caperucita sólo encontraba consuelo visitando a su anciana y bondadosa abuela, que por culpa de la pérfida madrastra se había visto obligada a vivir en una humilde cabaña escondida en los más espeso del bosque. El camino era peligroso puesto que por allí rondaba el Lobo Feroz al acecho de presas incautas, pero la niña no se arredraba puesto que temía más a su madrastra y a sus hijas que a las fieras salvajes que allí habitaban.

Así pues, siempre que podía se escabullía de la lúgubre casa que constituía su prisión y, enfundada en una capa de color ceniza de las que usaban las lugareñas, con la caperuza bajada para no ser descubierta por la servidumbre leal a la madrastra, enfilaba la senda que atravesaba el bosque sin arredrarle el riesgo que suponía cruzar aquellos parajes que hasta los más avezados cazadores temían.

Caminaba Caperucita por lo más espeso de la arboleda cuando el pérfido Lobo Feroz, siempre acechante...

-¡Un momento! -le interrumpió el director-. ¿Qué demonios es esto? Está usted mezclando dos cuentos diferentes...

-Lo sé de sobra -reconoció el guionista con gesto contrito-. Pero no se trata de una iniciativa mía, sino de órdenes de arriba. Dicen que los tiempos son malos y que la gente está harta de los cuentos clásicos, por lo que me pidieron que los refundiera porque la audiencia subiría con el aliciente de las versiones nuevas... y de paso, añadido yo -confesó-, para ahorrarse dinero, empezando por mis honorarios. ¿Pero qué quiere que haga? Era esto o verme en el paro.

-Pues sí que estamos apañados -rezongó el director-. No sé a dónde vamos a llegar como sigan tan obsesionados con los índices de audiencia. Miedo me da lo que pueda venir. En fin -suspiró-. Continúe con la lectura, ya que usted no tiene la culpa. Veremos lo

que podemos hacer, espero que al menos no haya tenido que cambiar también el papel del lobo...

Y viendo la cara de circunstancias de su interlocutor, zanjó:

-Bueno, mejor me callo.

## CAPERUCITA INDÓMITA

Caminaba Caperucita por el bosque, camino de la casa de su abuelita, cuando al doblar un recodo en lo más recóndito de la espesura se topó con el taimado Lobo Feroz.

-¿Dónde vas, Caperucita, por estos apartados lugares? -le preguntó la fiera con fingida amabilidad.

La muchacha no se arredró y, soltando la cesta con comida que su madre había preparado para su abuela, empuñó la escopeta de su padre, que llevaba terciada al hombro, descerrajándole dos tiros a bocajarro sin mediar respuesta alguna.

El lobo se desplomó sin tiempo siquiera para suspirar, abatido de forma fulminante por los dos certeros disparos.

-Éste ya no molestará más -se dijo la audaz Caperucita colgándose de nuevo la escopeta y recogiendo la cesta; todavía le quedaba bastante camino por recorrer, y no era el difunto lobo el único peligro que acechaba en el bosque.

Con lo que no contaba era con la presencia cercana de una patrulla de guardabosques que, al oír los disparos, se encaminaron al lugar en el que acababa de ocurrir la tragedia, arrestando a Caperucita y trasladándola a su cuartel junto con el cadáver de la fiera.

Aunque Caperucita logró salir en libertad bajo fianza, deberá enfrentarse a cargos por uso de un arma sin licencia, la cual le fue incautada para disgusto de su padre, y por haber matado a un animal protegido y en peligro de extinción. Su abogado le ha prometido que hará cuanto pueda por defenderla, pero que resultará difícil librarla cuanto menos de una fuerte multa y de una orden de alejamiento del bosque.

La acusación particular, promovida por la loba viuda con el apoyo de varios grupos animalistas que han aprovechado para reclamar la concesión de ciudadanía a los lobos y a otros animales del bosque, le reclama el pago de una fuerte indemnización en beneficio de la viuda y de sus lobeznos, así como que sea condenada a una fuerte pena de cárcel por asesinato con premeditación, como lo demuestra el hecho de que llevara la escopeta cargada y sin seguro y que disparara a su desarmada víctima sin advertencia previa y sin haber sido atacada ni amenazada en ningún momento.

Por último una asociación feminista, vinculada a un partido político de extrema izquierda, ha denunciado la criminalización de lo que a su entender no fue sino un acto de legítima defensa frente a una presunta agresión machista, exigiendo que Caperucita sea declarada inocente y exonerada de todos los cargos que injustamente se le imputan,

reivindicando el derecho de las mujeres a atravesar libremente el bosque sin miedo y sin que nadie las importune o amenace en ningún momento.

## CAPERUCITA SIGLO XXI

Al borde del sendero, camuflado en la espesura, el Lobo Feroz acechaba el paso de la inocente Caperucita.

La espera había resultado larga, pero la paciencia de la fiera había rendido sus frutos. En lontananza, apareciendo y desapareciendo conforme describía las revueltas del camino, se atisbaba una mancha roja en movimiento. Sin lugar a dudas, se trataba de ella.

Conforme iba acercándose el lobo apreció más detalles. En efecto, se trataba de una persona, cubierta con una capa de vivo color carmesí, que atravesaba con paso vivo el bosque. Su rostro quedaba tapado por la capucha, del mismo color que la capa, y de su mano pendía una cesta de mimbre. Todos los detalles coincidían.

Aguardó a que la niña salvara el último recodo y, al verla enfilarse el tramo recto que había elegido para la emboscada, saltó al sendero al tiempo que, con fingida amabilidad, le preguntaba:

-¿Dónde vas, Caperucita, tú sola por estos apartados lugares?

El lobo esperaba que ella respondiera que iba camino de la casa de su abuelita a llevarle la comida. De ahí su sorpresa cuando, en vez de una meliflua voz de niña, se encontró con un vozarrón que no se atenía al guión:

-No me llamo Caperucita, sino Cosme, y voy a llevar un encargo al otro lado del bosque. Llevo prisa, así que si no te importa, te agradecería que te quitaras de en medio y me dejaras seguir mi camino.

Mientras tanto se había bajado la capucha, lo que le permitió apreciar al perplejo cánido los rasgos de un nervudo veinteañero con cara de pocos amigos.

-Pero... -balbuceó sorprendido-. Se supone que debería haber venido Caperucita, no tú...

-¡Oh, ésa...! -rezongó el caminante en tono despectivo-. Menudo elemento la niña. Se largó al Caribe con un maromo tras vender sus derechos de imagen a un empresario, y éste los aprovechó para fundar una empresa de reparto rápido a domicilio. El tío se está forrando, pero mientras tanto a nosotros nos tiene contratados como falsos autónomos explotándonos a cambio de una miseria.

Viendo que el lobo no se movía, el mensajero le rodeó intentando seguir adelante.

-¡Espera! -exclamó éste agarrándole del borde de la capa-. ¡Tú vas vestido de Caperucita Roja!

-¿No te he dicho que mi jefe le compró los derechos de imagen? La empresa se llama *Caperucita Roja y más*, y a nosotros nos obliga a ponernos este ridículo disfraz para ir a tono con el nombre. Copió la idea de las empresas de cobro de morosos, y está tan orgulloso de su ingenio. Yo le ponía la capa a él, pero atada al cuello. ¡Y suéltame ya, o te atizo un garrotazo! ¡Con razón me habían advertido que anduviera con cuidado en esta ruta! -concluyó, al tiempo que esgrimía con la mano libre una gruesa porra que hasta entonces había llevado colgada del cinturón.

Así lo hizo el chasqueado lobo, que volvió cabizbajo a su cubil rezongando sobre cuanto habían cambiado los tiempos y cuan difíciles se les ponían las cosas a los honrados depredadores.

## CAPERUCITA PUBLICITARIA

-¡Abuelita, qué brazos más grandes tienes!

-Son para abrazarte mejor.

-¡Abuelita, qué piernas más grandes tienes!

-Son para correr mejor.

-¡Abuelita, qué orejas más grandes tienes!

-Son para oírte mejor.

-¡Abuelita, qué ojos más grandes tienes!

-Son para verte mejor.

-¡Abuelita, qué dientes más blancos tienes!

-¡Porque los lavo tres veces al día con Limpiadentol! -exclamó el Lobo Feroz saltando de la cama al tiempo que abría las fauces exhibiendo su magnífica dentadura.

-¡Limpiadentol, posiblemente el mejor dentífrico del mercado! -exclamaron a dúo Caperucita y el Lobo-. ¡Úselo y olvídense de las caries, el sarro y los dientes amarillentos! ¡Limpiadentol no tiene rival!

-¡Con sabor a menta, hierbabuena, fresa, naranja y limón! -recitó Caperucita.

-¡Y para los más atrevidos, también a carne cruda! -añadió el Lobo con su grave voz de barítono.

-¡Y si usted es vegano, le encantará Limpiadentol con sabor a acelgas! -remachó la muchacha.

-¡Limpiadentol, Limpiadentol, Limpidadentol! -cantaron ambos-. Y presuma de dentadura blanca y reluciente.

-¡Corten! -gritó el director-. Media hora de descanso.

-¡Esto es una humillación! -protestaba minutos después el Lobo Feroz cuando él y Caperucita se dirigían a la cafetería a tomar un tentempié, asegurándose antes de que no hubiera oídos inoportunos en el pasillo-. ¡Yo, todo un depredador situado en la cúspide de la pirámide ecológica en multitud de países, me veo rebajado a hacer anuncios imbéciles,

disfrazado además con este ridículo vestido! -concluyó señalando con desdén el traje de abuelita que todavía llevaba puesto, cofia incluida.

-¿Crees que a mí me apetece, a mis treinta tacos, hacer de niña repipi e idiota? -le respondió Caperucita-. En cuanto al vestido... te lo cambio por esta capa roja, con caperuza incluida. Pero qué quieres -suspiró-, de algo hay que comer, no están los tiempos para andarnos con melindres.

-Sí, abuelitas aunque tengan la carne más dura que el pedernal -rezongó el Lobo con mordacidad-. Me habría ido mejor quedándome en el bosque, de vez en cuando lograba pillar a alguna.

Y viendo el gesto de repulsión de su compañera, añadió:

-No te asustes, mujer, lo decía en broma... a mis años, y con el sueldo que nos pagan, tan sólo me llega para comida para mascotas -concluyó haciendo un gesto de asco-. Por lo menos mientras estamos rodando me puedo comer unos bocadillos, algo es algo.

Encogiéndose de hombros, entraron en la cafetería sentándose en una mesa a la espera de ser servidos.

## CAPERUCITA NUDISTA

Marchaba Caperucita por el camino que atravesaba el bosque cuando le salió al encuentro el Lobo Feroz que, plantado en mitad de éste, la forzó a detenerse.

-¿A dónde vas Caperucita, tú sola y sin compañía por estos peligrosos andurriales? -le saludó con falsa amabilidad la pérfida fiera.

Pero ésta no le respondió, tal como esperaba, que iba a casa de su abuelita.

-Voy a la playa nudista que acaban de abrir en la Cala Abrigada.

-¿Playa nudista? ¿Y eso qué es? -se sorprendió el Lobo.

-Pues un lugar en el que todos se bañan y toman el sol completamente desnudos. Me han dicho que está guay.

-Vaya, parece interesante... -dijo éste urdiendo rápidamente un nuevo plan-. ¿Te importa que te acompañe?

-Por supuesto que no -exclamó cándidamente la niña-. Pero como ya te dije, sólo se puede estar allí completamente desnudo.

-¡Nada más fácil! -exclamó gozoso el cánido abriendo las fauces a modo de lobuna sonrisa-. Como puedes comprobar yo no uso ropa, ni tan siquiera llevo encima un pañuelo.

-Sí, pero tienes un pelaje que te cubre el cuerpo por completo. Y para el caso viene a ser lo mismo.

-¿Qué quieres decir? -gimió el Lobo cerrando la boca y agachando las orejas.

-Pues que tendrías que afeitarte el cuerpo para quedar en el equivalente a un humano desnudo... bueno, excepto la cabeza, ya que nosotros también tenemos pelo en ella.

-Está bien, corro a afeitarme. ¿Me esperas?

-Me gustaría, pero es imposible; llegaría muy tarde, y me están esperando. Es mejor que te afeites sin prisa y vayas uno de estos días a la cala; es probable que nos encontremos allí. Y ahora, si me disculpas, tengo prisa.

Tras lo cual le sorteó prosiguiendo a buen paso su camino y dejando al cariacontecido Lobo con dos palmos de hocico.

Éste no se durmió en los laureles y corrió hasta su guarida, donde probó a cortar su áspera pelambreira con un mellado cuchillo logrando tan sólo llenarse de mataduras allá donde lo intentó.

-Esto no puede ser -se dijo tras comprobar en propia carne el desaguisado. Tan sólo lograría hacerme una carnicería, y además hay lugares como el lomo donde no llevo. Tendré que ir a un peluquero.

Y así lo hizo, para sorpresa y susto del honrado profesional que cortaba el pelo y afeitaba la barba a los vecinos del cercano pueblo. Pero cuando éste constató que las intenciones de la fiera eran pacíficas, y que además estaba dispuesto a pagarle sin rechistar la tarifa que le pidió, procedió a cumplir con sus deseos dejándole totalmente lampiño a excepción de la cabeza, en la que se limitó a cortar las puntas y retocarle las orejas.

Huelga decir que, tras semejante metamorfosis, el Lobo Feroz hacía poco honor a su apellido ya que más bien se asemejaba, excepto en el tamaño, a un conejo desollado; pero esto era algo que a él no le importaba con tal de conseguir lo que llevaba persiguiendo sin resultado desde hacía tanto tiempo: devorar con fruición a la tierna Caperucita. Y ahora la veía al alcance de sus zarpas y sus colmillos.

Así pues, tras aguardar a que su irritada piel se recuperara, partió temprano de la lobera camino de la cala que le había indicado Caperucita. Aunque en un principio había barajado esperarla en el mismo lugar donde la abordara la vez anterior, estimó que sería mejor presentarse allí sin advertencia previa con objeto de pillarla desprevenida.

Tras cruzar por la estrecha y tortuosa vereda que bordeaba los acantilados, llegó por fin a la escondida cala descubriendo que Caperucita no le había engañado: allí había bastante gente bañándose y tomando el sol completamente desnuda. Pero para su decepción Caperucita no se contaba entre ellos.

-¿Buscaba a alguien? -le abordó un fornido bañista, encargado probablemente de espantar a los posibles mirones.

-Sí, a Caperucita Roja... habíamos quedado citados aquí -mintió a medias.

-Pues no ha venido.

-¿Sabe usted si llegará más tarde?

-Lo dudo. Estuvo hace unos días, pero al parecer no le debió de gustar la experiencia porque se marchó despotricando y jurando que no volvería a pisar por aquí, ya que tan sólo se había topado con viejos verdes. No tiene nada de particular, ya que no todo el mundo se adapta a la práctica del nudismo; pero en lo de los viejos verdes se equivocaba por

completo, máxime cuando a ella tampoco se la veía como candidata a Miss Mundo. Supongo que el pudor la superó.

-Pues entonces me despido -respondió el Lobo, que también comenzaba a sentir en propia carne el prurito de la desnudez-. Que tengan ustedes un buen día.

Al darse la vuelta se topó de frente con un individuo gordinflón -la barriga le colgaba flácidamente a modo de faldellín- y con el cuerpo cubierto por una espesa mata de vello.

-Si necesita ayuda, no tiene más que pedírmela -le espetó con voz meliflua y expresión libidinosa-. Le atenderé encantado.

El pobre Lobo, más corrido que una mona, tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no soltarle una dentellada, optando finalmente por huir de allí con el rabo entre las piernas... literalmente, por si acaso. A punto estuvo de despeñarse por los acantilados, pero tras llegar sano y salvo a terrenos más seguros corrió a toda velocidad hasta su guarida, donde se refugió ardiendo de indignación y de vergüenza.

-¡Bien me la has jugado, Caperucita! -se lamentaba entre feroces aullidos-. ¡Bien te burlaste de mí! ¡Así que tenía que afeitarme el cuerpo! Pero no te librarás de mi venganza. Tarde o temprano te devoraré hasta el último hueso, por recóndito que sea el lugar en que te escondas.

No obstante, y dado lo ridículo de su rapado aspecto, decidió permanecer oculto hasta que le volviera a crecer el pelo, alimentándose mientras tanto de las reservas de sopa instantánea y pizzas congeladas -lo único que encontró en la despensa- así como de alguna que otra hamburguesa servida a domicilio. No eran ni de lejos sus viandas preferidas, y dadas sus estrecheces pecuniarias era posible que llegara incluso a pasar hambre; pero todo lo daba por bien empleado si con ello conseguía hacerle pagar caro la humillación sufrida.

-Y de aperitivo me comeré a la bruja de su abuela -se repetía-; es un saco de huesos y debe de estar más correosa que una momia, pero estoy seguro de que me sabrá a gloria mientras me recreo pensando en el plato principal.

## CAPERUCITA INTERRACIAL

Marchaba Caperucita por el camino que atravesaba el bosque, cuando le salió al encuentro el Lobo Feroz.

-¿A dónde vas Caperucita, sin compañía alguna, por estos peligrosos andurriales? -le preguntó la pérfida fiera con fingida amabilidad.

-Voy a casa de mi abuelita -respondió la niña con candidez-, que vive en una casita al otro extremo del bosque, para llevarle las viandas que para ella ha preparado mi madre.

-¿Tu abuela? -se sorprendió el cánido-. ¿Es tu abuela esa vieja bruja? Y no vive en una casita, sino en una hedionda pocilga. Grima me da acercarme siquiera por allí.

-Pero es mi abuelita... -protestó Caperucita haciendo un mohín-. Y es muy bondadosa.

-Será contigo, porque lo que es con los demás... -bufó el lobo-. A mí casi me ensarta con una horca, y eso que sólo pasaba por allí camino de mi guarida sin meterme con nadie; y no se puede decir que sus vecinos le tengan mucho cariño; al contrario, está peleada con todos.

-Me da igual lo que pienses de ella; mi mamá me mandó que le llevara la comida y yo lo hago. Si no te importa quitarte de en medio...

-Escucha, Caperucita -dijo el lobo tras rascarse la cropa pelambreira de la cabeza con una zarpa-. Te propongo algo mejor. ¿Por qué no te olvidas del esperpento de tu abuela y te vienes conmigo? Mi cueva es cómoda y acogedora, y te puedo invitar a una comida que sin duda será mucho mejor que las bazofias que guisa tu abuela, que sólo de olerlas a distancia ya te provocan náuseas.

Aunque la muchacha abrió la boca para rechazar vehementemente la invitación, volvió a cerrarla mientras se lo pensaba mejor. Ciertamente la comida de su abuela era repelente, y bien pensado tampoco le caía bien con sus manías. De hecho, siempre que su madre le mandaba con ella intentaba escabullirse y, si no le quedaba otro remedio, accedía a regañadientes deseando que llegara el momento de volver a casa.

Por otro lado el Lobo, pese a su mala y probablemente inmerecida fama -no por algo estaba prohibida su caza-, tenía un buen tipo, se dijo mientras le miraba de arriba abajo con ojos inquisidores. Ciertamente no era de su propia especie y eso siempre creaba rechazo, pero ¿no le decían en el colegio que había que evitar el racismo y que todos éramos iguales con independencia de las diferencias que pudiera haber de etnia, color, cultura, religión... o pelaje, añadió de motu proprio admirando su tupida y bien cuidado piel.

-¿Por qué no? -respondió-. Al fin y al cabo, nunca me he acabado de creer que en realidad pudieras ser tan malo. ¿Vamos?

Y se aferró a su brazo -habíamos olvidado advertir que en cuentos como éste los lobos son siempre bípedos-, brincando contenta hasta la cercana bifurcación, donde ambos tomaron el sendero que les llevaría hasta la residencia de su amable anfitrión.

-Presiento que éste es el comienzo de una hermosa amistad -le dijo a su nuevo amigo.

## CAPERUCITA ENAMORADA

Cruzaba Caperucita Roja el bosque camino de la casa de su abuelita, cuando al atravesar una de las zonas donde mayor era la espesura oyó que detrás de los recios árboles alguien pronunciaba en voz queda su nombre.

Intrigada abandonó el sendero descubriendo, oculto tras un grueso tronco, al Lobo Feroz. Éste, al verla, se acercó a ella lamiéndole cariñosamente las manos.

-¿Qué haces tú aquí? -preguntó azorada al tiempo que respondía al saludo acariciándole tras las hirsutas orejas.

-No podía estar sin verte, cariño -respondió él agitando la cola con alegría-. Supe que ibas a pasar por aquí, así que decidí esperarte.

-¿Estás loco? ¿Acaso no sabes que mi padre ha contratado a varios cazadores para que hagan una batida en tu busca?

Y a modo de respuesta, el seco sonido de un escopetazo retumbó entre los árboles sobresaltando a ambos.

-¡Bah, están lejos! -le tranquilizó la fiera estrechando a la niña contra su cuerpo-. Se habrán topado con un ciervo o un jabalí y lo han convertido en su cena.

-Sí, pero si tropiezas con ellos estás listo; han recibido instrucciones de abatirte a tiros en cuanto te vean sin la menor advertencia previa, Y yo... y yo... sollozó la muchacha- lo sentiría durante toda mi vida.

-¡Qué buena eres, Caperucita! -sonrió el lobo conforme lo permitía la anatomía de sus fauces-. ¡Y cuánto te quiero!

-Yo también te quiero, lobito, por eso no deseo que te pase nada malo; y aquí estás en peligro. Te advertí que huyeras del bosque y te pusieras a salvo en las montañas.

-¡Eso supondría nuestra separación, algo que para mí sería peor que la muerte! -protestó el cánido.

-A mí también me duele mucho tenernos que separar -suspiró ella-, pero hemos de ser prácticos. Mi padre se niega en redondo a aceptar nuestro amor, y está dispuesto a impedirlo incluso a costa de tu propia vida. Así pues, lo más prudente es que pongas tierra por medio.

-¿Hasta cuándo? -gimió.

-Hasta que yo sea mayor de edad. Entonces podré marcharme de casa y buscarte. Una vez juntos y sin que nadie pueda separarnos, nos iremos a vivir a algún lugar lo suficientemente alejado como para que no puedan llegar hasta allí las largas manos de mi progenitor. Nada me importará entonces si puedo compartir mi vida contigo.

-¡Pero faltan casi dos años! ¡No aguantaré la espera!

-Será extremadamente duro también para mí, pero no nos queda otro remedio.

-Sí, supongo que eso será lo mejor -recapacité-... pero, ¿por qué me tiene tanta inquina tu padre?

-Él dice que no puede consentir que su hija conviva con una alimaña peligrosa, y que hará todo cuanto sea posible por evitarlo.

-¿Peligroso yo? -gimió el pobre lobo-. Si jamás he hecho daño a nadie, ni mucho menos te lo haría a ti; incluso me volví vegano, por lo que sólo como alimentos vegetales.

-Pienso igual que tú, pero eso no nos soluciona el problema. Mi padre es un racista irreductible, y nunca consentiría que yo me casara con alguien de una raza distinta a la mía... cuanto menos tratándose de otra especie como es nuestro caso; aunque en el fondo lo que te condena ante sus ojos es que seas pobre. Por desgracia tiene a su favor las leyes, que por muy obsoletas que estén os siguen catalogando como alimañas y fomentan vuestro exterminio, por más que en toda la comarca seas el único superviviente de tu estirpe.

-¡Eso no es justo! -protestó el enamorado elevando la voz hasta convertirla casi en un aullido.

-No, no lo es -corroboró ella al tiempo que le hacía gestos para que no gritara-. Aún más, es una infamia. Pero como es de todo punto imposible hacerle cambiar de opinión, la única solución que nos queda es la que te he dicho: márchate lo suficientemente lejos para ponerte a salvo y en cuanto pueda abandonar la casa de mis padres sin que éstos me reclamen a la justicia me reuniré contigo. Y ahora tengo que dejarte, la arpía de mi abuela me espía y si tardo demasiado en llegar a su casa sospecharía y se lo diría a mi padre.

En ese momento un segundo disparo sacudió el silencio del bosque, esta vez mucho más cercano que el anterior.

-¡Vete! -exclamó ella con el rostro demudado-. Vete por tu vida y por nuestro futuro.

El lobo no se hizo esperar y, tras lamerle la mejilla a modo de tierna despedida, se escabulló entre la espesura como alma que lleva el diablo. Por fortuna conocía los vericuetos del bosque mucho mejor que los cazadores, por lo que éstos tenían muy pocas posibilidades de alcanzarlo.

Caperucita, tras aguardar un tiempo para recuperar la compostura, se limpió cuidadosamente la cara y las manos con un pañuelo humedecido -los sabuesos de los cazadores tenían un olfato muy fino y podrían oler en ella el rastro del lobo- que posteriormente arrojó a una papelera, y volvió al sendero fingiendo una tranquilidad que no sentía en absoluto.

-¡Pobrecito mío! -decía para sí-. Lo mal que lo está pasando por mi culpa... y eso que no le he querido contar todo para evitar preocuparle todavía más... si se llega a enterar de que mi padre se ha empeñado en casarme con el Príncipe Azul... o al menos de eso presume, aunque para mí que ése de príncipe tiene poco y de buscavidas mucho... maldita la hora en la que apareció por el pueblo diciendo que iba buscando a no sé quien que estaba dormida para despertarla con un beso... y el ingenuo de mi padre se tragó la trola de la realeza y le intentó convencer para que me cortejara, diciéndole que para qué buscar a una dormida si yo estaba bien despierta, y que me daría una buena dote siempre y cuando me casara con quien él dispusiera... está claro que de verdad buscaba era agarrar un buen partido, como si un príncipe de verdad fuera a fijarse en la hija de unos aldeanos por mucho que éstos tuvieran el riñón bien cubierto... y lo malo es que el fulano no vio con malos ojos la propuesta y ha empezado a rondarme de una manera que no me gusta nada... menos mal que es tan torpe que hasta ahora no me ha costado mucho trabajo esquivarlo, pero no sé cuanto tiempo podré aguantar sin tener que quitármelo de encima... y entonces mi padre me la liará parda... ¿por qué no seré ya mayor de edad, para poder mandar a todos a freír espárragos y a ese relamido imbécil a buscar a su bella durmiente al cuento donde el aire da la vuelta?

Rezongando y cada vez más sofocada, Caperucita siguió su camino por el bosque preguntándose una y otra vez por qué razón no se podía casar una con quien le apeteciera, aun cuando se tratara de un lobo pobre.

## CAPERUCITA ROJA Y EL CORDERO FELIZ

Caminaba Caperucita Roja por el sendero que atravesaba el bosque en su parte más espesa, cuando una figura apareció frente a ella interpeándola de esta manera:

-¿Dónde vas, Caperucita, por estos caminos tan peligrosos?

Caperucita no se sobresaltó ya que sabía que se trataba del Lobo Feroz, con el que llevaba mucho tiempo trabajando; un buen tipo con el que solía ir a tomar unas cañas al salir del cuento. Pero debía fingir que se asustaba, lo cual hacía con una maestría fruto de su larga experiencia.

Pero... en esta ocasión hubo algo que trocó el falso gesto de pánico por uno verdadero de estupor; porque quien se encontraba ante ella, aun disfrazado como él, no era su compañero de reparto, sino un desconocido.

-¿Quién eres? -la pregunta era la que figuraba en el guión, pero el tono resultaba completamente distinto. Incluso se podía atisbar un vestigio de inquietud en él.

-Yo soy el... ¡Bueno, ya he chafado la toma! -exclamó el interpeado arrancándose el sombrero con furia-. Y haciendo un desmañado saludo continuó:

-Soy el Cordero Feliz, para servirte. Sustituyo al Lobo Feroz, pero me temo que tendré que ensayar más el papel para no volver a meter la pata.

-¿Qué le pasa al Lobo? -Caperucita se mostraba preocupada-. ¿Se ha puesto enfermo?

-¡Oh, no, goza de una excelente salud! Ya me gustaría a mí poder decir lo mismo, con este reuma que me está matando.

-Entonces... ¿por qué no está aquí?

-¿No te lo advirtieron en Producción? Ha causado baja en el cuento, y me han contratado para representar su papel.

-¿Cómo? Si él estaba muy satisfecho con su trabajo, y los jefes también se encontraban contentos con él...

-Sí, así era, pero hubo una protesta de los grupos animalistas alegando que su papel, devorando primero a la abuelita y luego intentando devorarte a ti también, daba una imagen falsa y cruel de los lobos, por lo que se instó a los responsables a modificar el cuento cambiándole por alguien inocente y pacífico como yo... -explicó el borrego.

-Desde luego no das ni por asomo la imagen de una fiera peligrosa -reconoció la niña con desdén-, pero justo por esto no sé qué pintas aquí haciendo de malo.

-Vaya, me temo que se les ha debido olvidar darte el nuevo guión -se lamentó el rumiante-. En él se ha suprimido todo atisbo de crueldad; a partir de ahora tú te perderás en el bosque poniéndote a llorar desconsoladamente, y entonces yo apareceré, te consolaré y te guiaré hasta la casa de tu abuelita, donde los tres disfrutaremos de la magnífica merienda, por supuesto vegana, que tenía preparada.

-¡Pero si la merienda se la llevo yo! -exclamó estupefacta.

-Ya no. Lo que tú le traes son sus medicinas, que habías comprado en la farmacia del pueblo porque ella no podía ir; es importante concienciar a los niños de la importancia de preocuparse por sus mayores y atender sus necesidades. De esta manera el cuento termina con un final feliz sin necesidad de violencia ni crueldad alguna. ¿A que está mucho mejor así?

Caperucita no pensaba lo mismo, sobre todo teniendo en cuenta al memo que le habían endosado, el cual habría estado mucho mejor asado; pero pensando en su puesto de trabajo, optó por fingir su asentimiento.

-Tienes razón, ahora está mucho mejor; pero tendré que aprenderme mi nuevo papel. Si no te importa, puedes esperarme aquí mientras voy a que me den el texto y md lo aprendo; no creo que tarde mucho.

Aunque en realidad en lo que estaba pensando era en largarse del cuento lo antes posible y buscar al Lobo para correr una juerga juntos; el pobre estaría hecho polvo por el despido y ella, como buena amiga suya que era, deseaba animarlo.

## CAPERUCITA BLANCA

En el despacho del productor de Caperucita Roja éste se entrevistaba con Blancanieves.

-Así que usted estaría interesada en sustituir a Caperucita como protagonista...

-En efecto -respondió la interpelada-. He tenido noticias de que su puesto ha quedado vacante.

-Vaya, se ve que las noticias vuelan -rezongó el ejecutivo-. Bien, tampoco es un secreto. Recientemente falleció su abuelita declarándola heredera universal, y ella decidió jubilarse alegando cansancio -omitió que se había largado a Miami con el cazador, diciéndoles que se metieran la caperuza por donde les cupiera-. Pero todavía no hemos empezado a buscar una sustituta.

-No necesitarán hacerlo, ya que yo soy la persona adecuada -le interrumpió la muchacha con audacia.

-¿Acaso no está conforme con su trabajo? No entra dentro de nuestra política robar estrellas a la competencia...

-No le robarán nada, estoy sin trabajo. La productora canceló mi cuento.

-¿Qué me dice? No sabíamos nada -fingió el taimado interlocutor, que por supuesto estaba al corriente de ello-. ¿Cómo ocurrió?

-Por culpa de la censura buenrollista -gruñó la ex-princesa, esta vez sin necesidad de fingir disgusto-. Según una ley recién aprobada, quedaban prohibidos los papeles que pudieran denigrar a cualquier colectivo con algún tipo de discapacidad, y en este caso se trataba de los siete enanitos; perdón, quería decir personas con acondroplasia. Así que cortaron por lo sano y mis pobres compañeros y yo nos vimos de patas en la calle de un día para otro -omitió añadir que por si fuera poco el felón del príncipe la había dejado plantada por una corista, pero esto no había necesidad alguna de airearlo-, sin trabajo y, en el caso de los enanitos, sin posibilidad de encontrarlo.

-No había necesidad de ser tan drásticos. Nosotros también modernizamos nuestro cuento, pero no llegamos a tanto; nos limitamos a suprimir los detalles violentos y a reconvertir el personaje del Lobo Feroz, que ahora es el Lobo Amable, ayudando a quienes se pierden en el bosque y dando a los lectores lecciones de ecología y respeto hacia los animales y las plantas. Pero claro está, sin Caperucita no podemos seguir...

-Reitero mi ofrecimiento. Ya sé que reemplazarla es un reto, pero estoy dispuesta a afrontarlo; tenga en cuenta que yo poseo una amplia experiencia sobre la vida en el bosque. Además, conmigo vendría también la sustituta de la difunta abuelita.

-Vaya, esto es interesante... ¿de quién se trata?

-De mi madrastra, una excelente actriz que estaba harta de ser encasillada en papeles de malvada. Estaría encantada de reconvertirse en un personaje amable como es el de la abuelita de Caperucita.

-Le agradezco su oferta y la tendremos en cuenta a la hora de considerar sus candidaturas -concluyó el productor sin comprometerse demasiado-. ¿Desea algo más?

-Tan sólo un detalle -Blancanieves se mostraba turbada-. Al asumir la identidad de mi predecesora obviamente perdería la mía, por lo que me gustaría introducir un leve cambio; en recuerdo de mi antiguo nombre desearía que el personaje pasara a llamarse Caperucita Blanca.

-¡Eso no puede ser! -exclamó el productor.

-Pero se trata tan sólo de un cambio de color... otras veces se ha hecho.

-En efecto, y poca importancia tendría que hubiera pedido usted cambiar el rojo por el amarillo, el verde, el azul o el violeta... es más, podríamos decir que se trataba de la hermana de la antigua, diferenciada de ella por el color. Puede usted elegir el que más le guste; pero el blanco no.

-¿Por qué? -porfió perpleja la candidata-. ¿Qué más da uno que otro? La elección del blanco se debe a que la nieve es blanca. Me llamo así, y no Verdenieves o Azulnieves, precisamente por el color de mi tez.

-Justo ahí es donde radica el problema. No podemos, ni deseamos, usar el color blanco ya que a muchos de los pertenecientes a etnias no caucásicas les recuerda la primacía del hombre blanco sobre el resto de la humanidad, con connotaciones a episodios históricos tan bochornosos como la esclavitud o el colonialismo.

-¡Eso es absurdo! Según este razonamiento Caperucita Roja también tendría connotaciones políticas de exaltación comunista, algo con lo que seguramente muchos padres no estarían de acuerdo; y ha estado toda la vida exhibiendo este color revolucionario.

-Quizás no le falte razón -se defendió confuso el ejecutivo-. Pero los tiempos han cambiado, por lo que preferimos un color que no cause repudio a ningún colectivo.

-Pues lo van a tener difícil, porque mucho me temo que todos están ocupados. Como no recurran al ultravioleta o al infrarrojo...

-Como quiera, pero el caso es que Caperucita Blanca no puede ser. Y si no está conforme, buscaremos otras posibles candidatas.

-¿Sí? Eso no se lo cree ni usted. Por si no lo sabe, aunque supongo que sí, Cenicienta se ha dedicado a los negocios olvidándose de príncipes y calabazas encantadas, y le va muy bien con su fábrica de zapatos de cristal; la Bella Durmiente lleva tiempo siguiendo un tratamiento contra el sueño en una clínica alemana; la Sirenita fundó una empresa de submarinismo deportivo y Bella, al no poder superar el trauma que le produjo la metamorfosis de su amada Bestia en un repelente príncipe, renunció a todo lo que éste le ofrecía fundando la ONG Monstruos sin fronteras, dedicada a salvar a los monstruos de todo tipo de discriminaciones y persecuciones. Creo que no me olvido de nadie, así que si éste es verdaderamente su propósito, mucho me temo que se verán obligados a fichar a una novata desconocida que a saber si será capaz de lograr que el cuento salga de su actual crisis o lo hunde definitivamente.

La lividez del rostro de su interlocutor le confirmó que había dado en el clavo. El cuento, pese a su revisión, tenía serios problemas de audiencia, y sólo con una protagonista veterana y conocida tendrían posibilidades de ser salvado. Y Blancanieves lo sabía.

-Recuerde, sería un simple cambio de color -remachó-. Además, podrían resaltarse las connotaciones positivas del blanco: la pureza, la limpieza, la bondad... eso sin olvidar que el blanco es la suma de todos los demás colores, por lo que en realidad representa a la totalidad de las etnias.

-Está bien, tendremos que estudiarlo en el consejo de administración -se zafó como pudo el productor-. Le agradezco su oferta y la consideraremos, pero hasta dentro de unos días no le podremos dar la respuesta. Le avisaremos en cuanto la tengamos. Muchas gracias por su amabilidad.

Con lo cual dio por terminada la entrevista, despidiéndose educadamente de la candidata. Ésta abandonó exultante el despacho: sabía que había ganado.

## CAPERUCITA TRANS

El Lobo Feroz acechaba en una encrucijada del camino que atravesaba la espesura del bosque, camuflado tras un grueso tronco. Sabía que Caperucita Roja pasaría por allí camino de la casa de su abuela, y había ideado un plan para devorar a ambas.

Rayaba el mediodía, aunque resultaba difícil calcular la hora al estar el sol cubierto por las espesas copas, cuando avistó en la lejanía una figura que se dirigía hacia allí con paso firme. Debía ser ella ya que iba abrigada con una capa de vivo tono rojo y la cabeza cubierta con una capucha del mismo color, y asimismo sostenía en la mano una cesta de mimbre en la que llevaría la comida a su abuela.

Pero... había algo raro. Pese a que el Lobo tenía ya sus años y sus ojos no eran ya lo que fueran, le chocó el porte de la muchacha, demasiado alto y fornido para lo que él esperaba, así como el ritmo casi militar de sus pisadas. En cualquier caso pronto saldría de dudas, puesto que tendría que pasar forzosamente junto al lugar en el que estaba apostado; tan sólo era cuestión de esperar a que salvara el trecho de camino que los separaba.

No tardó demasiado y, cuando ella pasaba frente al árbol que le servía de escondite, dio un teatral salto plantándose en mitad del camino al tiempo que se preparaba para mostrar un fingido interés por su presencia en un lugar tan apartado y potencialmente peligroso; pero se quedó pasmado al apreciar que el rostro que asomaba bajo la capucha no era el de una muchachita tal como esperara, sino el de un chicarrón de poblada barba.

-Tú... tú no eres Caperucita -logró decir finalmente tras vencer la sorpresa.

-Evidentemente no -respondió el aludido con voz de barítono-. Ella se marchó a vivir con el novio, algo que como te puedes figurar no gustó nada a sus padres, por lo que me pidieron que la sustituyera llevándole la comida a su abuela, que también es la mía. Soy su primo, Caperucite Roje para servirte. Y ahora, ¿serías tan amable de apartarte del camino? Voy justo de tiempo, y no quiero que la comida se enfríe.

-Pero... -balbuceó la fiera, contemplándolo de arriba a abajo.

-Soy trans, a mucha honra -añadió éste dándose por aludido-. ¿No serás un LGTBIfobo?

-¿Yo? ¡No, qué va! -el Lobo no sabía donde meterse-. Simplemente me he sorprendido, ya que esperaba a Caperucita.

-Pues no tienes por qué sorprenderte; el género reside en la cabeza, no en los genitales ni en el aspecto externo. Yo soy como me siento, no como me puedan ver los demás, y sólo un reaccionario intolerante se opondría a nuestra naturaleza.

-Por supuesto, por supuesto... -concedió el corrido cánido al tiempo que se quitaba de en medio.

Caperucite, tras esbozar un gesto de despedida, reanudó su camino perdiéndose en la espesura. El Lobo, cabizbajo, se rascó el peludo cogote en gesto de perplejidad.

-Éramos pocos... -se dijo-. No bastaba con la vieja, un saco de huesos que no sirve ni para caldo, y ahora me quedo además sin el delicioso bocado de la tierna jovencita, porque este bigardo debe de tener la carne más correosa que el cuero; eso sin contar con que según las apariencias no resultaría nada fácil cazarlo, menudos bíceps calzaba el gachó por debajo de la capa. Qué se le va a hacer -suspiró al tiempo que retornaba cabizbajo a su guarida-; está visto que si quiero seguir comiendo, al final no tendré otro remedio que acabar volviéndome vegano. Sic transit...